

cebían un tono intermediario (1). Descartes formuló toda una hipótesis, los *Torbellinos*, para explicar el movimiento de los cuerpos celestes. Pitágoras escucha la armonía de los astros rodando por el abis no infinito de los cielos. Anibal asustó a sus enemigos recurriendo a una estratagemas que imaginó; puso fuego a unos montes. El canto IV de la *Eneida* arranca lágrimas gratuitas a San Agustín. Milton, ciego, se encontraba deslumbrado con los resplandores del trono del Eterno. Colón descubrió un mundo, como Dante había descubierto el Inferno, soñando; y soñando, soñando siempre, es que Franklin encadena el rayo de Júpiter. Wat encierra el vapor dentro de una caldera para obtener el secreto de la fuerza de los Sam-ón y Teseos. Jenner descubre la vacuna. Jacobo Metzger el telescopio y Servet la circulación de la sangre. Soñando, los griegos declararon virgen a Temistoclea, sacerdotisa de Delfos, después de haber concebido un hijo, y soñando, también, los judíos desconocen la virginidad de María y crucifican a su hijo. Tal es el poder de la imaginación.

El Poeta que tiene entre sus pálidas manos de hierofante el cetro de oro de la Musa lírica, la imaginación, es el Supremo Pontífice del Universo. Ante su vista, se arrojan a tierra de rodillas todos los hombres y besan el polvo del suelo. Habla, y su voz domestica las fieras, como Orfeo, ó levanta las piedras por sí mismas para construir murallas, como Amfión. Él regenera al mundo, arrastra los pueblos al combate, dignifica el alma humana ó la degrada. Él lo puede todo.

¿Dónde está el secreto de ese poder de la imaginación? Está en nosotros mismos, en los esclavos. Nosotros somos los que, voluntariamente, nos sometemos al yugo. ¿Por qué, si no, nos horroriza más la *Norcia de Alesina* que *Wallenstein*? Porque la tragedia que concebimos y esperamos en la primera de estas obras de Schiller es más terrible que la que desenrolla la famosa trilogía. ¿Por qué nos subyuga mucho más la obra de Gubernatis *Nala* que el *Lohengrin* de Wagner? Porque Damaiani, Nala é Indra son seres fantásticos, mientras que en la historia de Elsa no hay otros elementos imaginarios que Lohengrin y su cisne. Todo hombre está sujeto a una ley de herencia que lo es a la vez social: tiene en sí algo del salvaje primitivo y de la infancia de las sociedades. La superstición, primer elemento psíquico de los primeros hombres, vive aún en nosotros, y en ese sentido somos todavía contemporáneos de los mathmouths y pleiosaurós. Para cualquier época, pues, vienen de perlas estas palabras de Voltaire: « los hombres aman todo lo que les parece terrible; hacen lo que los niños, que escuchan con avidez los cuentos mágicos que los asustan ». El misterio y la superstición aun tienen fanáticos y si hoy han desaparecido los viejos mitos que horrorizaban las almas en los imponentes templos de Babilonia, Isis y Osiris, en cambio tenemos santuarios sombríos alzados a la Magia, al Budhismo

(1) Adolphe Garnier, *Tratado de las facultades del alma*.

moderno y a la Buena Diosa de la Lujuria: si las vírgenes de la antigüedad iban al templo de Milita para ser desfloradas por los extranjeros, nosotros tenemos otro templo Leviatán no menos misterioso que el de Babilonia.

La superstición y el misterio son la fuente primordial de la poesía. Si la India nos ha legado sus colosales poemas, — el *Ramayana*, el *Mahabharata* — y los cantos de Hala, Barrihari, Kalilasa, Giayadeva y Avyar, esos eternos monumentos de la imaginación creativa; si todos los pueblos antiguos han tenido sus leyendas y tradiciones, a cual más asombrosa é imponente, débese antes que nada al misterio y a la superstición. Todo lo que el hombre no ha podido explicarse racionalmente, ha sido atribuido a la divinidad y a los poderes ocultos. Así es que ha podido decirse con razón que la metafísica es casi toda la Poesía.

¿Y quién es, si no, el poeta el que ha contado al pueblo estos grandes extravíos de la inteligencia por los dominios de lo desconocido? ¿Quién, sino él, el que ha hecho más emocionantes las creencias que llenaban de sombras los inseguros cerebros de los hombres sencillos? En verso se impuso el credo divino creador de los orbes, en verso se celebró a Brahma, Vichnou y Siva, en verso se arrastró las legiones de Esparta contra Mesenia, en verso se hizo la unidad de Italia, en verso Camoens dividió en dos estados la península pirinaica y en verso se han propalado todas las alegrías y todas las tristezas de los hombres al través de los tiempos, de las razas y de las generaciones. Si, el Poeta, Supremo Pontífice del Universo, todo lo puede, y a él se deben las mayores glorias y los más grandes extravíos. Su cetro de oro es el gran agitador de las ideas y sentimientos, y por él, por la imaginación tan sólo, se ha creado un Olimpo de Dioses para crucificarlo después, en uno solo, sobre la cumbre flamígera del Calvario.

La imaginación está sujeta a grandes extravíos. Desordenada y loca, por naturaleza, es preciso encauzarla sabiamente para no desviarla del camino del Ideal. En medio de sus alucinaciones, se encabrita a veces y echa a correr por sendas extraviadas saltando riscos, despeñándose por los precipicios, hollando flores de exquisito perfume, tronchando espinas rígidas, subiendo por momentos hasta las cumbres donde reposan taciturnos los astros de la noche. Hay en la marcha de la imaginación una recta línea de la que no es dado separarse. Ella misma, ¡la osada! ¡la libre!, está sujeta a ciertas reglas. . . . Wieland hizo observar, con mucha verdad, que la frente de Minerva, los ojos de Juno, la nariz de Apolo y la sonrisa de Venus no formarían una obra maestra de la imaginación. ¿Qué decir entonces de la imaginación revolucionaria?

La imaginación revolucionaria hace ya algún tiempo que se querella con su hermana la del candal ateniense. Ha cogido el prisma que ornaba la frente de la antigua imaginación con sus policromos matices y

le ha arrojado á tierra. El prisma se ha roto; se ha hecho mil pedacitos variados. Alegre y bullicioso, el Arte que tiene por bandera esta revolucionaria imaginación ha recogido, según la gráfica expresión de Bolet Peraza, las migajas del iris, y de cada una de ellas hizo un regalo a las nuevas sectas decadentes. Estos primores de color, estas maravillas de luz han embriagado la imaginación de los simbolistas, decadentes, místicos, impresionistas, magníficos y wagnerianos. Y toda regla fué olvidada, todo principio fué echado al cesto, toda teoría fué desquiciada. La nueva imaginación se ríe como una locuela de su hermana, la del candal ateniense.

La imaginación es el cetro de oro de la Musa lírica. Mas, ¡ay del imperial Poeta que al depositarse con la gentil Erato en el jarlín eterno de la Fantasía, recoge el cetro de la imaginación revolucionaria! El castigo más leve de que podrá ser objeto será el de no ser comprendido. Pero, ¿es que se fatigan los poetas modernísimos por que se les comprenda? ¿No luchan por lo contrario por hacerse oscuros é indescifrables?

Hay allá, en París, una colmena de exóticas abejas que producen una miel extraña y rara. En vez de libar el néctar de las rosas y jazmines, persiguen con ahínco los crisantemos amarillos como japonesitas enfermas, las orquídeas refinadas como hetairas lúbricas, las peonías imperiales, los claveles sensuales y las madarias elegantes como madrigales antiguos, y se envenenan con las substancias de laboratorio químico que las pintan y colorean. Las exóticas abejas se vuelven locas con estas borracheras de colores, y su miel parece enfermiza y extraña. Y nosotros, los profanos, los burgueses, los que sólo nos deleitamos con la imaginación vulgar — con aquella imaginación de los cuentos de *Las Mil y una noches*, de los de Hoffman y Poe — nos sentimos horrorizados, y la agriedad de la miel nos sabe á veneno. . . .

En principio, pues, no aceptamos el decadentismo. El cetro que sostienen sus poetas es un cetro falso. El verdadero, aquel de oro de la Musa lírica de que hemos hablado, merece respeto, á pesar de todos sus errores. Pero este otro, no reinará mucho tiempo; sólo durará lo que la anarquía que domina en todos los espíritus fin de siglo, ahitos de sensaciones, cansados de lo vulgar y corriente, sedientos de nuevos ideales y de más paroxismos y estremecimientos.

Siendo esto así, ¡qué admiración no debemos al poeta americano que, ofreciendo como Supremo Pontífice ante el altar deslumbrante del Decadentismo militante, ha sabido conservar su personalidad, nos ha legado joyas de arte valiosísimas, nos procura todavía sensaciones nuevas y nos regala con todas las claridades de su imaginación poderosa! ¿Qué aplausos no han de tribuarse al vate que en medio de sus orgías artísticas de sectario, en medio de sus elucubraciones frenéticas y de sus desordenes veridísimos, aun parece sensato!

ción, y he ahí lo que no me importa que no comprenda el vulgo.

Perfectamente; pero, ¡por Dios! si se comprende la primera parte del párrafo que transcribo enseguida, ni aun un alma gemela de la de Rubén Darío sabría explicarnos lo que quiere decir la segunda.

«La gritería de trescientasocas no te impedirá, Silvano, tocar tu encantadora flauta, con tal de que tu amigo el ruiseñor, esté contento de tu melodía. Cuando él no esté para escucharte, cierra los ojos y toca para los habitantes de tu reino interior. Oh pueblo de desnudas ninfas, de rosadas reinas, de amorosas diosas!

«Cae á tus pies una rosa, otra rosa, otra rosa. Y besos!»

Supongamos que pasen los diez años del precepto de Horacio. El mismo autor de esas líneas, al sacar su libro del cajón de su escritorio donde las tuvo encerradas sin leerlas durante ese tiempo, ¿sabrá decirnos qué quiso expresar con esas rosas y con esos besos? Juraría que no.

Y no se nos tilde de ser una de tantas muestras de aquel personaje de Remy de Gourmont, pues ya hemos dicho que aceptamos todas las originalidades de los decadentes, con tal que ellos mismos sepan lo que significan. Ahora bien; ¿qué es lo que vemos nosotros al respecto? ¿Se entienden entre sí los *retóricos* del decadentismo? No, pues mientras René Ghil asimila la U á la trompeta y al saxo, Arthur Rimbaud dice que la U es amarilla, y el amarillo corresponde á la flauta. Por otra parte, este instrumento «expresa la ingenuidad», mientras que aquéllos, el triunfo y las sonoridades. ¿Cuál de los dos tiene razón? Seguramente, ninguno de los dos, y cada uno de ellos es, respecto del otro, un ilustre *Celui-qui-ne-comprend-pas*. ¿Qué mucho que nosotros, los profanos, nos quedemos en ayunas al leer una estrofa de Khan, Stuart Merrill ó Vielé Griffin, si ellos mismos, entre sí, no se entienden?

Por lo demás, los estados anímicos del individuo y cada una de las sugerencias é impresiones propias, varían según el temperamento, la educación, la sensibilidad, la herencia, etc., etc., de cada cual; por manera que lo que en uno produce una idea, en otro puede producir otra muy distinta. Más aún: según la disposición de ánimo, una cosa que antes nos fué agradable, ahora nos disgusta sobremanera. Y así hasta el infinito. Ejemplo: la palabra *jazmín*, nos sugiere el color blanco. ¿Por qué? Porque ese es el color de la flor; porque hemos visto un altar cubierto de ellas; porque hoy acabamos de ver una niña toda vestida de tul y raso blanco que iba á comulgar; porque, en fin, se nos antoja que la vocal /, la más fuerte de las dos que lleva la palabra *jazmín*, no es roja, según pretende Rimbaud, sino blanca y muy blanca. Y extremando la sugestión, nos decimos: son blancos, también, violín, florida, risa, querida y fluido, porque la /, en estas voces, domina á las otras vocales. Pero, ahora nos acontece que, hallándonos presa del más acendrado dolor, vemos desfilar un entierro y mil enervantes y pesados perfumes de jazmín llegan hasta nosotros, y se nos ocurre

que *jazmín* es negro. ¿Por qué? Porque en nuestra conciencia asociamos la idea de tristeza, que nos domina, con la idea de muerte y con las flores que cubren el ataúd; porque encontramos á la vocal / un sonido agudo, frío, helado como aristas de hielo, que nos hace estremecer, que nos da espasmos de terror. Y extremando la sugestión, decimos entonces: son negros, igualmente, los violines que lloran un *addio*, la risa sardónica, la querida que nos engaña y el fluido que nos llena de melancolía.

No pretendemos negar que toda palabra tiene algo en sí que es más que su prototipo silabeo. Hay la sugestión visual. Así, al leer en Leconte de Lisle el nombre de *Casín* escrito así: *Kaïn*; al ver las palabras *Baahavav*, *Khons*, *Snorr*, *Verandah*, *Sigurd*, *Kaolin*, *klepsidra*, *Thogorma*, etc., en las que podrían suprimirse algunas *haches* y reemplazarse las *k* por las *c*, experimentamos una sensación visual que se extiende del vocablo á la persona ó cosa que expresa, y o dándonos la idea de hombres salvajes y de países exóticos, reforma la imagen vulgar que ya teníamos sobre esos países y esos hombres. Como se ve, es una cuestión de pura ortografía, pero que trasciende al modo emocional. Pero, ¿querrá esto decir que esas voces pueden sugerirnos ideas distintas á las ideas que realmente expresan? ¡No, de ninguna manera!

No vale, pues, declarar que no le importa al poeta que no le comprenda nadie. El arte es sociológico, y si no procuramos transmitir simpáticamente á los demás hombres nuestras propias sensaciones, ¿para qué escribimos y publicamos lo escrito? ¿Para darle música « á los habitantes de nuestro reino interior »? Pues demosle música á esos habitantes, y no á los profanos. Y ¡no hay vuelta que darle!

Y á pesar de no aceptar la teoría de Rubén Darío, ¡cómo nos cautivan sus *Prosas Profanas*! Es que por sobre el decadentismo está el poeta, — el Poeta imperial que, al cerebrar sus bodas luminosas con la gentil Erato en el palacio deslumbrante de la eterna Fantasía, alcanzó el cetro de oro de la Musa lírica. — Su imaginación es un sol blando que ciega la retina, viste de tonos primaverales la faz de la tierra y puebla de miradas luminosas las soledades infinitas del espacio. Hay en sus acentos los ecos de las sonoras linfas, los rumores del bosque centenario y las melodías salvajes de los huracanes. Una Mujer que pasa en sus versos nos deja el perfume de su piel, el misterio de sus ojos lánguidos, el enigma de sus movimientos voluptuosos; al cruzar un Centauro, resuena en nuestros oídos el gran clamor de su galope desordenado, y la He-taira, que al través de los árboles callados va en busca de Adonis, levanta tras de sí una fuga de leopardos. Y como en un sueño ó en un deslumbramiento, entrevemos a la japonesita de pupilas llenas de visiones, a la marquesa Pompadour como una rosa sangrienta, el muslo de marfil de Diana, el blanco del cisne que anuncia á Helena y el heraldo de Yolanda, una paloma; sentimos en el alma toda la nostalgia de los días bru-

mosos y grisáceos, la risa de los cielos azules de la Grecia antigua y los espasmos voluptuosos de las siestas del trópico; y oímos, en fin, la risa de los faunos sorprendiendo a las ninfas en los claros de las selvas, el coloquio clamoroso de los centauros y las notas perladas de la eterna Harmonía rodando desde la cumbre del Pindo sonoro hasta el ebúrneo triclinio de Horacio, desde un confin solitario de la Arabia hasta el patio morisco de la Alhambra, desde la tierra del sol y los claveles hasta la patria diamantina del cóndor de mármol, Leconte de Lisle!

Oíd cómo el poeta ofrece sus amores:

¿Vienes? mo llega aquí, pues que suspiras, Un soplo de las mágicas fragancias Que hicieron los dolores de las liras En las Grecias, las Romas y las Francias. ¡Suspira así! Revuolón las abajas, Al olor de la olímpica ambrosia, En los perfumes que en el aire dejas; Y el dios de piedra se despierto y ríe, Y el dios de piedra se despierto y canto La gloria de los tirso florocientos En el gesto ritual de la bacante De rojos labios y novados dientes; En el gesto ritual que en las hermosas Ninfallas guía a la divina hoguera, Hoguera que hace llorar las rosas En las manchadas pieles de pantera. ¿Te gusta amar en griego? Yo las fiestas Galantes busco, en donde se recuerda Al suave son de rítmicas orquestas La tierra de la luz y el mirto verde. Sonos de bandolín. El rojo vino Conduce un paje rojo. ¿Amas los sonos Del bandolín, y un amor florantino? Serás la reina de los decasílabos. (Un coro de poetas y pintores Cuenta historias picantes. Con maligna Sonrisa alegre aprueban los señores. Clieña enrojecida. Una duquesa se signa.) Ó amor lleno de sol, amor de España, Amor lleno de púrpuras y oros; Amor que da el claror, la flor extraña Regada con la sangre de los toros; Flor de gitana, flor que amor recela, Amor de sangre y luz, pasiones locas; Flor que trasciende a claro y a canela, Roja cual las heridas y las bocas.

¿Qué importa que haya alguno que otro verso de obscuro sentido en esta composición? ¿Qué importa que el último verso de la estrofa encerrada entre paréntesis y los dos versos finales del cuarteto anterior a aquella no sean perfectos endecasílabos? Nadie negará que la composición «Divagando» sea una de las más musicales de todo el libro, como nadie sabría atacar al poeta diciéndole que no sabe colocar los acentos del verso después de leer, por ejemplo, la poesía «Pórtico».

Libro la frente que el casco rebusa, Casi desnuda en la gloria del día, Alza su tiro de rosas la masa Bajo el gran sol de la eterna Harmonía.

Y bajo el pórtico blanco de Paros, Y en los boscajes de frescos laureles, Pintura dióle sus ritmos preclaros, Dióle Anacreonte sus vinos y mieles. Pájaro errante, ideal golondrina, Vuela de Arabia a un confin solitario, Y ve pasar en su torro argentina A un rey de Oriente sobre un dromedario.

¿Dónde más sonoridad y gentileza en el desarrollo de una estrofa? ¿Dónde más música y más melodías? El período, en toda esa composición, rueda majestuoso, recamado de ricos dibujos, maravillas del cincel, como una gigantesca sábana de mármol que se deslizara sobre ruedas de diamante. Y quien tales versos escribe, ¡puede ser acusado de no saber que un verso endecasílabo debe llevar acento prosódico en la sexta sílaba ó en su defecto en la cuarta y octava? ¡No digamos tonterías por Dios! Atáquese la doctrina literaria que admite en concepto de bellezas á versos mal medidos (como los que en *Prosas Profanas* encontramos en las composiciones «Divagando», «Dice mía» «El poeta pregunta por Stella» y «Canto de la sangre»), fundarla en que las frases bien hechas tienen una música propia, vaga, cadenciosa, que no escapa á los oídos educados — música que informa el *parallelismo rítmico* de los versículos bíblicos (1), pues en algo ha de diferenciarse la prosa, por melodiosa y poética que fuere, del verso, que tiene ineludibles y sabias reglas; pero no se acuse de mal poeta al que ha sido becado en la frente por la musa inmortal de la poesía lírica.

El inspirado poeta que hay en Rubén Darío es eminentemente cosmopolita, y á par, moderno y clásico á la vez. Pasea su espíritu por todos los horizontes al través de todas las edades, y tiene visiones formidables de hazañas épicas de los tiempos primitivos, siente el esplendor de la línea perfecta de la estatuaría griega y desmaya de placer ante los tintes mágicos y contornos de porcelana de las emperatrices orquídeas. Su alma vibradora esta abierta á todas las manifestaciones de la belleza ideal, y muchas veces, sin transición, pasa de la serena majestuosidad del arte griego, á las más inquietantes disquisiciones de la idea moderna. Así no es de extraño que el poeta, sujeto á uno de estos contrastes ultra-decadentes, haga escribir á Beaumarchais un epigrama sobre el plinto de una ninfa de Corinto, ó que, aguijoneando su fantasía, más que su imaginación, entrevea las almas de aquellos jóvenes que ofrendaron en el templo de Venus, marchando á las saturnales guiados por el verso caudante de D'Annunzio. De estos contrastes y de estas raras sugerencias el alma del lector sale azorada, como un ave

(1) — Los hebreos no tuvieron, como los griegos y latinos, un sistema de versificación por pies métricos ó cualquier otra medida precisa. Toda la lírica judaica, desde Salomón y Job, Isaias y Jeremías hasta los poetas de la poesía post-bíblica (siglo V antes de J. C.) Siguen el Justo, Antropo de Soko y Josua-ben-Sira, está fundada en el *parallelismo rítmico*, que no es otra cosa que la estudiada colocación de las palabras para que, en el desarrollo del período, adquirieran una armonía vaga y acompañada no exenta de majestuosidad y de cadencia. Así es como los oídos finos y educados pueden seguir en un versículo bíblico el movimiento rítmico que se sucede y reproduce en los versículos siguientes.

que al libertarse de su jaula vulgar, se arrojara de la infinita extensión del espacio y permaneciera vacilante sin saber á dónde dirigir su vuelo. Y de esa armonía del arte clásico con el más refinadamente modernista brotan destellos que ciegan la retina é hipnotizan títricamente el pensamiento.

Esta es el alma de la poesía del gentil autor de *Los Raros*. El Dios Pan toca, para él, los más misteriosos sonos de su cornamusa, Término le enseña el enigma de la risa de su máscara y Venus vuelve á surgir de las ondas azuladas;—Anacreonte orla su sien con hojas de viña, Safo le regala con la fiebre erótica de sus versos candentes y Simónides de Zeus le escribe un *threnno* sobre la nieve del Paros;—luego bebe el Chipre en la copa de Horacio y pasea las tristezas del ostracismo con Ovidio y canta las horas de amor en las alcobas con Catulo;—en las colosales selvas indostanas dialoga con Rama, Ayodhya y Kusadhvajja, ve pasar los elefantes taciturnos, se enamora de los lánguidos movimientos de una bayadera y oye el rugido clamoroso del tigre real; y en el Japón antiguo y en la china de los monstruos y las hadas, observa los lujuriosos colores de los crisantemos y lotos, lee las figuras de las pinturas de Li-tai-pé y Thu-Fhú y sigue el vuelo tardo de las pensativas cigüeñas;—Baudelaire le cuenta la triste melancolía del Albatros del Pensamiento; Banville le enseña el secreto de las odas de Pierrot; Gautier le regala el tesoro oriental de sus esmaltes y camafeos; Laurent Tailhade le presta las figuras historiadas de sus *Vitraux* y Verlaine las riquezas polimorfas y multicolores de su estro sensual y místico,— por manera que el imperial poeta, traído y llevado por cien corrientes distintas, seducido por encantos contradictorios, deslumbrado con cien ideas antagónicas, rendido á la vez ante dos artes opuestas, que son el Oriente luminoso y el Poniente centellante de la lírica inmarcesible, fluctúa en un mundo impersonal, cantando las glorias, espasmos y estremecimientos del alma moderna con los rituales marmóreos y serenísimos del arte antiguo. ¡Oh, sí! Hemos oído cantar al poeta: «Amo más que la Grecia de los griegos, la Grecia de la Francia», porque

Demuestran más encantos y perfidias Coronadas de flores y desnudas, Las diosas de Clodión que las de Fidias: Unas cantan francés, otras son mudas.—

y según estos gustos y tendencias, le hemos visto celebrar los secretos mágicos del faisán de oro, reír el carnaval con la máscara de Momo, cantar á Stella en prosa rítmica, decimos el secreto de la sangre que cantaron Verlaine y Richepin, tejer la guirnalda primorosa de un epitalamio bárbaro, preluar una sinfonía en gris mayor, reír con la divina Eulalia una cruel y eterna risa de oro, labrar una *kamusa* de hilos misteriosos y colores exóticos en el «País del Sol», buscar el secreto de su amante en una melodía de un rayo de luna, dar por heraldo de Makheda á un pavo real y de Electra á un caballero con un hacha, describir las grandes visiones de un alma errante sobre el inmenso desierto de una página en blanco, oírendar

mirra sagrada y flores priapeas al divino Pan de la lírica francesa,— todo ello con esos tercetos susurrantes que saltan y se desarrollan como linfa transparente sobre gradías de mármol, con esas baladas carnavalescas blancas y alegres cual el traje de Colombine y las risas de Pierrot, con esos versos libres — predicados por el autor del *Pélerin Passionné*— que se salen de los moldes estrechos de la métrica y parecen escapar de la página y alzar el vuelo fuera de nuestro mundo, con esos cuartetos semejantes al carro flamígero de Febo que arrastran los piafantes Rojo, Ardiente, Luminoso y Resplandeciente, la cuadriga divina, con esas silvas como bosques enmarañados del trópico y con esos dísticos que son radiantes Alfas del Centauro, y al través de cuyos versos aéreos, polimorfos, inmateriales ó luminosos se vislumbran archipiélagos de ideas fosforescentes, criaderos de gemas del pensamiento, frases con perfumes de ámbar y opoponax, yacimientos de miccas con cambiantes de luces multicolores y escintilaciones de pedrerías: todo ello, en fin, en una efervescencia de mandrágoras y en un resplandor helado de blanquísimo alabastro, una explosión de begonias de terciopelo y de lujuriosas orquídeas, un semillero constelado de estrellas azules, flechas de oro, cisnes de nieve y aristocráticos lirios; — pero también le hemos visto detenerse en la Isla de Oro,

En la isla en que detiene su esquifo el argonauta Del inmortal Ensueño, donde la eterna pauta De las eternas liras se escuchan:—Isla de Oro En que el tritón elige su carrocel sonoro Y la sirena blanca va á ver el sol....

para sorprender el coloquio de los crinados cuadrúpedos divinos y estremecerse con sus alientos titánicos, bajo el verdeante follaje, á orillas del bramador Océano. En Rubén Darío alienta un gran visionario junto á un gran artista; un enamorado de las púrpuras de Watteau y de las *Lorettes* de Gavarni junto á un espíritu nostálgico de la blancura del Paros y de las líneas serenísimas de Fidias; un noctámbulo funambulesco que bebe en su copa de champaña, melancólicamente, agua pura de la castálida fuente. Y aunque él reniegue de su majestuosidad olímpica y pretenda decirnos que las Venus, Minervas y Dianes que adora no son otras que las traídas de Grecia á las orillas del Sena por el pindárico Moréas, lo cierto es que al través de la forma de sus cantos corre la savia clásica en límpidos raudales, según puede verse en los cuatro versos siguientes, escogidos entre mil semejantes:

Arquero luminoso, desde el zodiaco llegas; Aún presas en las crines tienes abejas griegas; Aún del dardo herakleo muestras la roja herida Por do salir no pudo la asencia de tu vida.

¿Puede expresarse una idea y traducir una imagen con mayor límpidez, sonoridad y estilo ático?—Pero la mejor prueba de que Rubén Darío es un poeta griego, la encontramos en la sección de su libro que lleva el nombre de «Recreaciones Arquibológicas»: su «Friso» y su «Palimpsesto» son dos relieves atenienses que rever-

beran resplandores de mármol helénico. Y en esto, hay que decirlo, el autor de *Prosas Profanas* supera á Moréas, que sólo es un griego de la decadencia ignorante de cualquiera otra Venus que no sea la de Scopas, y va á oficiar ante el mismo altar en que Leconte de Lisle, cantando al colosal Olimpo con heráldicos sonos de trompeta de plata, alza el cáliz consagrado, lleno hasta las heces con el zumo ardiente de las viñas de Corinto. Ved, sino, la Diana cazadora de Darío tendiendo el arco para lanzar su dardo contra el centauro raptor de una ninfa,—y decid si no es esa la Diosa cuyos músculos de mármol se hacen sentir en toda la estatuaría del clasicismo griego.

Tal es el sello característico de la poesía de Rubén Darío, repetimos. Nadie como él, hasta ahora, ha sabido hermanar la forma griega con la idea moderna. El antiguo cincelador de aquellos vasos artísticos que se llaman «El velo de la reina Mab», «La ninfa» y «La canción del oro», resurge siempre en el rapsoda de Verlaine. Pero él es único y solo: no puede tener discípulos ni secuaces. Y esto es, precisamente, lo que le hace más grande. Encerrado dentro de sí mismo, parece uno de esos errantes y solitarios astros de primera magnitud que cruzan majestuosos la imponente inmensidad de los espacios celestes.

Dijérase que el autor de *Azul* no ha hecho otra cosa que realizar la atrevidísima idea que Charles Morice apuntaba hace algún tiempo: «Nosotros que estamos llamados á hacer la síntesis del clasicismo, del romanticismo y del naturalismo no podemos agruparnos, sino que, por lo contrario, debemos buscar el aislamiento para realizar nuestras obras.» Sí; Rubén Darío es una síntesis de escuelas literarias que fueron en un tiempo gloria y regocijo del arte, y, para hacerla se aisla de todos los artistas sus contemporáneos. «Yo no tengo literatura mía — dice él mismo — para marcar el rumbo de los demás: mi literatura es *mía* en mí; quien siga servilmente mis huellas perderá su tesoro personal.» Por eso, aunque se le considere el *vexillifero* del decadentismo en América y se le atribuya todo poder sobre los poetas jóvenes — los Abraham Z. López-Penha, Joaquín Gallegos del Campo, Adolfo García, Bolet Peraza, Ricardo Jaimes Freire, José S. Chocano, José M. Barreto, Santiago Espinosa, Leopoldo Lagones, Julio Bambill, Carlos Ortiz, José Pardo, Pedro Naón, etc.— siempre conserva su individualismo y su activa personalidad. Ninguno de los citados es directamente su discípulo: los dos colombianos parecen prerafaelistas ingleses, el ecuatoriano Gallegos del Campo tiene mucho de Regnier, el chileno J. Santiago Espinosa sigue rumbos desconocidos, el boliviano Jaimes Freire imita á los franceses, lo mismo que los dos peruanos citados; los únicos que se aproximan algo al vate de Nicaragua, y esto, tal vez, porque escuchan de sus labios las lecciones iniciadoras, son los argentinos.

Prosas Profanas no es, pues, un Misal de la Iglesia Decadente ofrecido á los fieles como devociónario y guía; éstos no sabrían jamás interpretar el Enigma del Maestro, ni concebir sus Ideas y Oraciones, ni siquiera

seguir los giros caprichosos de las líneas berfíticas de esas raras, góticas y enrevesadas Iniciales que ornan la cabeza de los capítulos. El poeta «labra, esculpe, cincela» la frase y construye una imagen, un símbolo ó un misterio sin decir ni explicar el secreto de su arte. Es su arte — el *deus suyo*, propio,— y no serviría á los demás. Por eso, después que Astilo ha dicho: «El Enigma es el soplo que hace cantar la lira,» y cuando creemos que el pesado velo de Tanit va, al fin, á ser levantado, el mismo poeta, por intermedio de Neso, otro amable centauro, nos arroja en un mar de sombras y dudas, agregando: «El Enigma es el rostro fatal de Deyanira.»

No, no nos dirá Rubén Darío el alma de su arte, el nema de su Imaginación, — ese centro de oro que le ha discernido la gentil Erato, — y tan sólo se concretará á arrancar de su flauta las notas más misteriosas con que se deleite el ruiseñor, su amigo; pero ¿qué importa? Así, único, grande, aislado, soberbio, como gigantesco cóndor cerniéndose en la inmensidad del arte contemporáneo, es como le queremos y como le admiramos. Un Homero, seguido de cien rapsodas jóvenes, como un maestro de escuela, y enseñando el secreto de sus Iniciales técnicamente, no nos admiraría tanto ni nos parecería tan grande como un Homero solo, ciego, inmenso, arrojando á las edades y los tiempos futuros las notas únicas, las notas colosales de su canto grandilocuente y soberbio.

¿Y serán las *Prosas Profanas* el preludio del canto épico de un Homero americano? Cantando Rubén Darío las primitivas civilizaciones de esta Atlántida encantada; cantando á Palenke, por ejemplo, ¿le veremos escalar la cumbre escarpada desde la cual el cóndor del pensamiento habla, con la voz de los homéridas inmortales, á las razas y pueblos del porvenir? «Y, la primera ley, creador; crear,» ha dicho el mismo poeta. — Las trompetas heráldicas han sonado ya sus notas de plata, revibrantes. Queda emplazado el Poeta.

VICTOR PÉREZ-PETIT. DIVAGACIONES LÍRICAS. NOCTURNAL

Quando baja á mi pecho la tristeza, Quando agita mi mente la nostalgia, Quando siento vibrar en mis oídos Una voz misteriosa que me llama, Quando hierven los rápidos ensueños En el fondo recóndito de mi alma, Quando bullen en mí ser la fantasía Que acaricia mi alma con sus alas, ¡Oh noche de mis sueños! tú tan sólo Mis imposibles ilusiones calmas. Quando arrojas la sombra de tu manto Sobre el piélagó inmenso de la nada, Me parecen los montes de algarrobos Un enjambre siniestro de fantasmas.

Quando riela la lumbré de la luna
 Sobre el alto peñón de las montañas,
 Me parecen sus cúspides bravías;
 Una inmensa armadura nikelada;
 Me parece que el límite del cielo
 Su enorme calabozo desgarrara
 Para enseñar su divina cólera,
 Por negros entablismos presagiada:
 Contra el globo que abraza tantos pueblos,
 Tantos tesoros y miserias tantas;
 Contra el globo que lleva gravitando
 El peso de mil siglos en su espalda;
 Contra el globo que es madre de los hombres
 Y que los huesos de sus hijos traga!

Yo deslizo mi vida entre tus sombras
 Que pretendo sondear con la mirada
 Y me encuentro feliz á esos rumores
 Que parecen venir de la distancia
 Cuando el viento suspira entre las hojas
 Y arrobata á las hojas sus fragancias;
 Cuando brilla la lumbré de la luna
 Como brillan los focos de mil lámparas
 Á la vez encendidos en un bosque
 Circundado de juncos y de talas,
 En un bosque sin luz donde no existan
 Ni suntuosos palacios ni cabañas;
 En un bosque desierto y misterioso,
 Como un alma sin Dios en la batalla.

Adormido en tus hojas he escuchado
 Los arpegios de músicas extrañas
 Y el arrullo apacible que desprenden
 Los bosques de mis selvas entrerrianas;
 La salvaje armonía de las olas
 Que el Pampero vomita y desparrama
 Y el rugido del trueno, que es el grito
 De la hambrienta jauría de la nada.

Y he mirado también en esas noches
 Cintilar en la bóveda azulada
 Cual cintila la luz de una amatista
 En el oscuro fondo de una caja
 De blanco Sirio que sus rayos quiebra
 En la inquieta corona de las aguas,
 De blanco Sirio que mis dichas lleva
 Cuando se hunde en lo azul como una espada.

¿Qué le dirá á mi alma esa armonía
 Semillante al acorde de las arpas
 Que del abismo tenebroso surge
 Y al empíreo cerúleo se levanta?
 ¿Qué le dirán las ondas del arroyo
 Corriendo somnolientas á la playa?
 ¿Y ese vago silencio que murmura
 La infinita tristeza de las almas?...
 —

¿A ti, noche sublime, compañera
 Del que lleva infamia en su desgracia,
 De la trémula luna que navega
 Por los campos de azur, por una blanca
 Cual un pétalo pálido de rosa
 Abierta á las caricias de las auroras?
 Compañera del hombre que presiente
 Muir las tempestades de su alma
 Caudalento inabarcable del que espera
 La cita venturosa de la aurora
 De cuando mis dulces alegrías
 Porque quise mi corazón a una
 De donde el secreto de mis sueños
 Que que tal vez á comprender no alcanza.

La Husión que alimento en toda hora
 Porque es pura y hermosa como el alba,
 Y la pena que á veces me tortura
 Y agiganta mi sér y lo anonada.

Á veces he soñado que respondes
 Al dulce susurrar de mis palabras,
 Que transformas tu velo por el manto
 Que envuelvo las cabezas de las hadas,
 Que tú tienes un rostro y que electriza
 El fuego abrasador de tu mirada.
 Que tú posas tus labios en mis labios
 Y pronuncias dulcísimas plegarias,
 Que me cuentas de espléndidos palacios
 Perdidos en la selvas encantadas.

Que tu voz es cual eco de una lira
 Prolongado muy leve á la distancia,
 Que tu aliento es perfume que en el aire
 Se desprende cual lluvia de albahacas,
 Que posees la cítara del bardo
 Y sabes de laureles y de palmas,
 Que tú eres ángel que bajó del cielo
 Para alzarme después entre tus alas.

EUGENIO DÍAZ ROMERO.

Buenos Aires, 1893.

VENEZUELA Y EL URUGUAY

El autor de la carta que se publica á continuación y de las *Notas de viaje* que la siguen, es un joven y distinguido escritor venezolano que visitó no ha mucho tiempo nuestra ciudad y que desempeña actualmente el cargo de Secretario de la Legación de Venezuela en Río Janeiro.

Río de Janeiro, 18 de febrero de 1897.

Señor don José Enrique Rodó.

Montevideo.

Hoy he tenido el placer de recibir, señor, su muy honrosa carta de 30 de enero pasado.

La idea de la fundación de órganos que sirvan de campo donde se congregue y fraternice la nueva generación literaria de Hispano-América, es un sentimiento general en el Continente; y, desde hace algunos años, colegas muy distinguidos de la prensa y de las letras venezolanas vienen excitando á los que en el resto de la América latina son nuestros hermanos por la mancomunidad de esfuerzos, identidad de miras y vínculos de tradiciones y tendencias, á formar la gran comunión que nos acerque más en el comercio de ideas y propósitos que ahora cobra decisiva importancia en esa mitad privilegiada del planeta. En consecuencia, he acogido siempre con sincero entusiasmo todo propósito que tienda á realizar tan hermosa como noble aspiración; aunque, por la calidad de los estudios á que he prestado especial consagración, resulta en este caso —si nacido de la hidalguía, en manera alguna aceptado por la justicia,—desproporcionado el honor que á mi utilidad en tal empresa se dispende por la nobleza de la REVISTA NACIONAL DE LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES. Apenas pudiera mi pluma describir á us-

ted cómo ha sido de constante é histórico nuestro sentimiento de confraternidad hacia el pueblo oriental, pues que data de días crueles en que nos unió la igualdad de propósitos, como nos une la identidad de aspiraciones en estos días felices. Era el año 1814, el camino alto e silvestre por donde de nuevo sojuzgada Venezuela, marchaba al infierno de una reconquista acaso irrecusable, cuando á las cóleras que el vencimiento enardeciera en aquellos leones heridos que fueron nuestros abuelos, vino á sumar energías la noticia de la jornada del 20 de junio en Montevideo y la consiguiente capitulación del capitán general Vigodet, como en 1810 la huida del otro capitán general Emperán, de Caracas. Así supimos que desde el mar Caribe hasta la desembocadura del Plata, un solo pueblo reñía combates dignos de la epopeya con el más poderoso,—no el menos grande por la pujanza heroica de sus hijos,—sí el más desgraciado de los imperios de la Europa contemporánea. Y sólo los cuidados de una lenta convalecencia, la anomalía de un estado incipiente no bien favorecido por las condiciones insuficientes de la atmósfera política y social, nos han traído en recíproco silencio, que en esta oportunidad quiere romper por siempre,—como parte de otros legionarios no menos esforzados en la prensa del Sur,—la inteligente redacción de la REVISTA NACIONAL.

Al agradecer, señor, tan honorífica como generosa insinuación, me es grato protestar á Usted mi consideración más distinguida y mi más sincera amistad.

ELOY G. GONZÁLEZ.

NOTAS DE VIAJE

XV

MONTEVIDEO. — Museo pedagógico

Señores Alberto Gómez Ruano,
 y E. Rogé.

En una de sus hermosas salas el Museo ha instalado una de sus más interesantes secciones: la sección histórica.

Y en ésta, un capítulo que estremezca, escrito con dolores, con angustias y aún con sangre de inocentes: *Los castigos*.

En colecciones de objetos y figuras están representados, en orden cronológico y evolutivo, los instrumentos y las torturas de aquella inquisitorial pedagogía antigua, que hizo magisterio de la crueldad primitiva, pretorio del aula, y del banco caudoso; y que, pretendiendo remediar el delito, agravaba el delito, artillándolo en la impunidad que daban las costumbres.

Aún, los que desgraciadamente asistimos á las postrimerías de aquel régimen homicida, sentimos ante su rememoración, junto con los antiguos dolores, las tristezas del estado infeliz en que nos tocó crecer; y en el fondo de las íntimas nostalgias de nuestra edad sonriente, cuando voluntariamente el alma pide á sus fantasías paz y consuelos ideales, entre la dura realidad de estos otros años de

combate, y sueña retroceder á sus días de niño, renuncia horrorizada á sus atractivos tentadores, ante la imagen amenazante del maestro, precito aterrador, único arcángel que se alza sobre el cinerario de las muertas venturas de ayer.

En esa visita al Musco, he vuelto á ver la sala sombría de mis escuelas: sobre el estrado, como sobre un solio de atrápía babilónica, el «señor maestro», feroz, ceñudo, inaccesible é intangible como un dios mozaíta, misterioso y severo como un precepto oriental, alzando á intervalos sus ojos airados, lanzando su mirada pavorosa, como un relámpago, sobre la atemorizada multitud de sus discípulos, silenciosos, géidos de terror, cabizbajos, consultando con miradas furtivas el modo de sentarse y de colocar las manos, por si había de corregirse algún detalle delictuoso en la manera de tener las piernas. Traía de perrillos rabicados; primera academia de nuestras hipocresías cada hora crecientes; gimnasterio de todas las insanas; cubil primero de todas las astucias; incentivo de trapacerías, en que se ejercitaban todas las cobardías y toda la actividad latente de la bestia humana, y nacían como cardos voraces,—para agostar las corolas del ingenio, de la altivez, del honor y del orgullo,—el disímulo, el despecho, el odio y la venganza. Primera antigua escuela,.... Laconia de la abyección; suplicio del pun-donor; verdugo de los candores del niño; incitadora del vicio, martirizadora de la pureza, rigoroso invernadero en donde empalidecieron y se abatieron en anemia incurable las flores de mi sencillez infantil! En el muro de esas escuelas, sobre el trono del Júpiter, la «patente escolar», atravesada verticalmente por la negra proyección del *Pedro Moreno*, paralela á esa otra proyección odiosa de la palmeta.

Esa historia sangrienta la tiene recogida el Musco uruguayo de Pedagogía: un viejo de gorra y antiparras azota á carnes descubiertas á un niño de ocho años, izado por el torsón de los vestidos; un discípulo en crucifijo sostiene en las manos abiertas dos baldosas; y en mis días, para refinar la infamia, se colocaba de «punto» á un compañero armado de cilíndrica y sólida regla, para golpear el codo cuando defallciese el brazo, como para ir adiestrándolos en la maldad del hombre contra el hombre, aún por sobre el sagrado de la amistad y del compañerismo; otro niño de rodillas desnudas sobre granos de maíz; más allá, otro compungido y lacrimoso, conteniendo un trago de agua, por parlanchín; mordazas; disciplinas. Y luego, las penas de escarnio y befa: el cartel con la enorme palabra *burro*, la decoración ofensiva y humillante del deshonor y la vergüenza; el bonete con grandes orejas de asno; las gafas de cuero... todos los arreos de la Santa Hermandad de la Instrucción primaria.

Moralmente, qué amargos, cuán fecundamente dolorosos los frutos de tal sistema! Mi espíritu fué inagotable en instintivas rebeldías contra ese beduinismo elevado á cátedra y antes que el «gemido por el dolor arrancado», tuvo las cóleras provocadas por aquel legalizado ultraje á la suprema y sacratísima condición de humano. Desde

niño sentía que el hombre es cima intocable de todas las grandezas terrenales, eclosión triunfante de todos los esfuerzos seculares y titánicos de la materia en sus creaciones gigantescas, broche de la evolución, capitel de la vida universal, excelso, sagrado y respetable como un dios.

Llamad ahora á esos recuerdos; pedidles las reflexiones de esos días de perpetuo horror; tocad lo difícilmente tangible para los demás que hay en el fondo de toda autopsicología, las influencias primeras que sirven de basamento eternamente indestructible á vuestro sér de hoy, y veréis cuántas atenuaciones tienen todos los delitos, y veréis cuanto perdón merecen todos los peccados; y cómo es enteramente humana la virtud y cómo es de más inmensamente humano el vicio! El epigrama de Marcial, glosado por el poeta moderno, es infalible:

Nadie nace á la infamia condenada.

Leed á ese otro Pasteur del didactismo contemporáneo, á Herbert Spencer, y veréis cómo hasta en vuestro lecho os rodean en miríadas los bacilos patogénicos del corazón y del cerebro, y cómo es su enérgico microcida la educación por el amor y el estímulo.

Así lo ha comprendido la nación que, de las primeras en el continente, abrió el estuario de su hermoso río á todas las razas migratorias de la Europa y su seno fecundo á todos los estímulos de la civilización. Ha proscrito del aula á los jueces impuros del viejo Sanhedrín pedagógico, ha organizado sus escuelas primarias por grados, para ir desbastando el bloque informe de la inteligencia del niño, compleja por las diversas nociones desde el hogar adquiridas, como es compleja su personalidad por los variados elementos que el alma toma de las distintas influencias desde el hogar padecidas. En aquella revuelta confusión de aptitudes, edades y condiciones de la escuela antigua, que ni á las débiles adhesiones de una mezcla podían prestarse, las violencias de la disciplina disputaban su lugar á la ineptitud, y aquel sistema de delegaciones de autoridad en los alumnos de mayor desarrollo, fuerza y edad,—en los *decuriones* y vijilantes,—excitaba las concupiscencias del servilismo y de la villanía; alumnos por lo general de no muy selectos principios de moralidad y mansedumbre, ya que venían de hogares no preparados,—por la penuria de la atmósfera social que les rodeaba,—para brindar al hijo una educación bien encaminada; habitantes de la campaña ó vecinos del arrabal en donde se levanta en todo poblado el escenario de las tragedias del vicio, crecían contemplando escenas de depravación y de ruindad; tenían por ejemplo todos los relajamientos del revuelto fondo del lagar social, y traían, desde su plitud desgraciada á una esfera para ellos eminente, todos los fermentos pavorosamente fecundos del lado anárquico de la psicología popular. La escuela, en lugar de modificarlos, prestaba amplias facilidades al ejercicio de sus instintos robustecidos al alcance de las jerarquías, por pocas y modestas que fuesen. En el padecimiento de esa vida del *decurión* se sentía toda la asfixiante agonía del

imperio de las demagogias y todo el ultraje atentado del dominio de la oclocracia: la indisciplina, las ambiciones, el interés bastardo, la indelicadeza, la abyección, la mentira y el disímulo, la falacia y la felonía, la insidia y el miedo, se exasperaban mediante aquel sistema de perpetua mortificación, de la amenaza inminente de la espada del siracusano, de la vigilancia inquisitorial para ver de aplicar un castigo ó adquirir la sumisión entera del inferior, en todo y por todo, á precio de tolerancia, dispensa de lecciones y deberes, cohechos y recíprocos tratados de una azarosa complicidad. Cuántas humillaciones!... Disolvente y canallesco aprendizaje!...

ELOY G. GONZÁLEZ.

EXÓTICOS

II

Quando muera mi princesa,
 La de los blondos cabellos,
 La que con los mil destellos
 De sus ojos habla y besa;

La de ensueños pasionales,
 La de pupila muy negra,
 La que mi existencia alegra
 Con sus brillos virginales,

Para que mi último beso
 Viva entre sus labios preso,
 Y en la tumba no esté sola,

Que cubras, Señor, anhelo,
 Sus dos labios de amapola
 Con un pedazo de cielo!

III

A MIS VERSOS

Nunca dejéis de decir
 En armonías sin par
 Lo que se puede cantar,
 Lo que se puede gemir.

Agitad hora tras hora,
 Mientras viváis en el sue'lo,
 Vuestras banderas de cielo,
 Trozos de tules de aurora.

Combatid por mi ilusión:
 Traedme el verde trofeo,
 El poético botín,
 Pues lleváis mi corazón,
 Que os mandará en el torneo
 Como un sangriento clarín!

GUZMÁN PAPINI Y ZAS.

LA REVISTA NACIONAL

DE LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES

Con sobrada razón decía el distinguido literato y crítico Eduardo Ferreira, en un artículo sobre propiedad intelectual, que la mayor parte de nuestros compatriotas prefieren «quemarse las cejas en descifrar el re-

sultado de una penca de potrillos » más bien que preocuparse, siquiera sea de vez en cuando, del movimiento intelectual del país. Indudablemente es éste un asunto rebosante de arideces para aquellos cuyo gusto estético les reclama otra clase de emociones; pero es innegable que encierra grandísimo interés para los pocos que saben gustar el dulce placer de observar cómo avanza día a día nuestra cultura social y se manifiesta en todas sus fases.

Por lo que dicho queda, sucede que en nuestro país es reducido el número de los que admiran el arte literario y en él se ocupan; y claro está que excluyo a los que ejercen de escritores. . . . con motivo de no tener ánimo para otra cosa.

Despréciase, en general, la literatura porque los más no se dan cuenta, ante todo, del objeto del arte, y no comprenden, desde luego, su importancia, y forman al respecto los más caprichosos é irrisorios conceptos.

Tengo para mí que no sólo el necio vulgar, sino algunos que por doctos pasan y gastan humos de tales, creen que es la literatura un arte inspirado por la ociosidad, cual un juego vulgar y que el ejercer de escritor (alguien lo dijo) es una mera distracción de momentos de ocio, disfrutada de manera *inofensiva é inocente*.

Bien se comprende que, considerada la literatura bajo esta faz, sólo hallen atractivos en ella, además de los que la comprenden, que ya he dicho son pocos, los que, en horas de holganza, buscan esparcimiento en *algo inocente*. Y esto de *distracer los ocios* con la literatura, es tontería á la que siempre apeñan los que pretenden, cuando escriben, afectar indiferencia hacia los preceptos que á tal arte rigen, por no confesar que los ignoran.

En otros la manifestación de aprecio hacia el arte literario es lamentable, porque se revela, no en la admiración de las buenas producciones, sino en el afán insensato de escribir insensateces. Estos pseudo literatos no dejan de ser ingeniosos, sin embargo, aunque ellos no lo saben, pues cuando creen elevarse á las nubes se despeñan y ruedan hacia los abismos del ridículo, y justo es confesar que esto tiene su chiste. Casi siempre son poetas, siquiera á veces hagan uso de la prosa, y la nota erótica domina en todas sus producciones. Gastan lastimosamente el tiempo en insípidas expansiones poéticas llamando á una muchacha lirio y azucena y azucena y lirio, como dice Clara.

De manera, pues, que sólo á un pequeño círculo se reduce el número de los admiradores de la literatura en nuestro país, y el conocimiento de nuestra vida intelectual no transpone los límites de ese círculo.

Por esta razón es tanto más digna de loa la tarea empezada hace pocos años por algunos de los jóvenes más talentosos y entusiastas de la nueva generación. Cuanto edifican la conducta de esa juventud que se propone arrostrar el peligro de que les rodea la general indiferencia al dar los primeros pasos, siempre, en todas las cosas, un penoso; esa juventud que inicia una cruzada para la conquista del puesto preeminente de que aun esta en esta tierra despojado el ta-

lento; que lucha, en fin, porque ocupe nuestra patria un lugar notable entre las naciones más cultas é ilustradas!

El impulso más entusiasta que recibió el arte literario entre nosotros, débese á los fundadores de la REVISTA NACIONAL, quienes, siguiendo la bandera de los principios modernísimos que informan el procedimiento de las escuelas contemporáneas, purificaron el ambiente de nuestro gusto literario, apegado sobremanera á las añejas prácticas románticas.

Tuvo desde luego una resonancia simpática la REVISTA NACIONAL entre la juventud amante de las letras, esa juventud que se levanta llena de entusiasmos, imbuida en las ideas modernas, con ansias de conquistas para la patria del Arte; y anhelosa de gloria para el propio nombre, vióse favorecida más tarde por la colaboración de los mejores escritores americanos; y creciendo siempre su fama, esparció por toda la América española y hasta en Europa el conocimiento de nuestro mérito intelectual.

Lo que contribuyó, según mi sentir, á consolidar la justa fama adquirida por la REVISTA desde su aparición, fué el haberse separado de cierto cauce hacia el cual siempre fueron impulsadas las corrientes de la literatura nacional. La actividad intelectual en materia literaria hasta hace poco tiempo, era reclamada y absorbida por el periodismo, por la política, y, salvo excepciones muy contadas, no había quien se dedicara al arte por verdadero amor y sin fin puramente utilitario; ni quien para ello contara con la posesión, no común, de talento especial, gusto estético cultivado en la admiración de lo bueno (que lo hay preparado para la admiración de lo malo, lo falso, lo *cursi*) y esa erudición que ilumina el camino propio con la luz genial que orientó á los que alcanzaron á aspirar el ambiente regalado de la gloria, en las excelsas cumbres desde donde los privilegiados del talento se exhiben á la admiración universal.

Como escritores modernos, han tenido que luchar contra la natural aprensión del público, refractario al principio á las innovaciones y no preparado para formar juicio exacto sobre las producciones literarias, á las cuales juzga por la caprichosa ley de un *impresionismo* nacido de la estética de cada cual, que las más veces es una estética. . . . agreste. No sé si me explico. Quiero decir que nuestro público tiene sus preocupaciones en cuanto á escuelas literarias. Como no cabe exigir al vulgo que tenga criterio verdadero para apreciar el mérito de lo que lee, sino desde el punto de vista en que le produce gratas emociones, y como para obtener ese resultado en el vulgo la obra artística debe ajustarse á ciertos principios reñidos con el buen gusto, he ahí que los que hoy se separan del ambiente romántico en que vivía la literatura de nuestros abuelos, son incomprensibles para los no iniciados en los misterios de la verdadera belleza. Nunca alcanzarán, al menos por estos mundos, tanta popularidad Núñez de Arce y Balzac como Becquer y Espronceda, ni tienen Balzac y Flaubert la popularidad de Alejandro Dumas. El mismo Zola, que ya ha conquistado la admiración popula-

chera, no debe sus triunfos entre el vulgo al verdadero mérito de sus obras, al mérito de su escuela, sino á la narración de ciertas «escenas de subido color» que son, para el vulgo, excitantes del sensualismo, siquiera el ilustre novelista se haya propuesto un fin moralizador al descender el velo con que la decencia encubre ciertas llagas sociales.

Y he aquí por qué la REVISTA NACIONAL apenas es conocida fuera de nuestros círculos literarios. Y — valga la verdad — como en todas las clases sociales hace sus víctimas el egoísmo, la REVISTA ha tropezado también contra la indiferencia de ciertas demagogias literarias dispensadoras de patentes de competencia; y sólo así se explica el fenómeno de que haya merecido más entusiastas elogios fuera del país que entre nosotros.

Yo me admiro de que la mayoría de mis compatriotas pasen la vida entera preocupados con asuntos de tan poco atractivo como la política, las elecciones de diputados, los empleos públicos, los grados militares, el partido blanco, el partido colorado. . . . Esto constituye toda la preocupación, y absorbe toda la actividad intelectual. En cuanto á literatura, las *noticias á sensación*, (*) de los periódicos, las crónicas policíacas, relatos edificativos de escenas de sangre, de sainetes amorosos: esto es lo servido al público en una jerga que pone ruborosa á la dulce lengua de Cervantes.

Mi propósito al trazar estas líneas no es otro que el de dar á los lectores de *La Verdad* una breve noticia de la existencia de un periódico literario que nos honra.

Parecerá extraño que no emita juicio acerca de la personalidad literaria de los redactores de la REVISTA, pero á quien tal piense le diré que sólo me atrevo á juzgar á los que se hallan tan abajo como yo en la escala del mérito literario y no á los que, para contemplarlos, hay que mirar hacia arriba.

El movimiento literario que representa la REVISTA NACIONAL entre nosotros, da tema para disertaciones que me sería grato emprender, si la extensión de nuestro periódico lo permitiera; pero las estrechas columnas de *La Verdad* me obligan á *comprimirme*.

Resumiendo lo malamente expuesto, diré: Existe entre nosotros un periódico dedicado al arte literario y á las ciencias sociales; este periódico ha sido conceptuado «la primera de las revistas literarias de Sud América» por el eminente filólogo chileno don Eduardo de la Barra; ha merecido entusiastas elogios de la mayor parte de los hombres de letras conocidos en América, y, sin embargo, nuestro público no dispensa á la REVISTA NACIONAL toda la admiración á que es acreedora, ni toda la protección que merece.

Creo con la más profunda convicción que si nos viniere de fuera la miráramos con mejores ojos, le brindáramos provecho y le entonaríamos ditirambos.

PEDRO COSIO.

(*La Verdad*, Rivera).

(*) *Elementos de teoría literaria*, por Calixto Ojeda. Referência al lenguaje usado en nuestros periódicos.

DELEITES

Cual me encanta el azul de los cielos,
De placeres inundan mis ojos,
Entre nimbos dorados y rojos,
Las espléndidas puestas de Sol.

Circundan lo en la bóveda angusta
La extendida región del ocaso,
Cada *estratus* formada al acaso
Es un copo de niveo arrebol.

Y más tarde, el brillar de esas luces
Que en la límpida noche aparecen,
Que en variantes de luz se estremecen
Decorando la etérea región;

Y el plateado color de la Luna,
Destacando en un fondo sombrío,
Que al hacer más soberbio el vacío
Viene más á endulzar mi visión.

«Cuánta luz en mi espíritu esparce
Ese tenue brillar de la estrella!
Resplandor invisible, es la huella,
Es la traza de un cielo sin fin.

Por miriadas el cóncavo espacio
En unión desigual hermocean,
Más allá, nebulosas que crean
La noción de un eterno confin. . . .

A través de los siglos que ruedan,
Y salvando distancias que crecen,
Mis arranques de aliento enmudecen
Cuando busco la causa final.

Me detengo en un lindo. ¡Quién sabe
Si escalando un peldaño tan solo,
Como Nansen, hallara otro polo,
Pero un polo de vida eternal!

¡Oh delirios sublimes! Deliquios
De un penoso rodar por la Tierra,
Si mi encanto en vosotros se encierra
Oh! dejadme tranquilo soñar.

Bien lo sé, que un misterio es la vida,
Y me abate el terror de la nada.
Es por eso que sueña alelada
Mi existencia en el ruin batallar!

Oh dejadme, por Dios, en mis noches
Evocar pensamientos extraños.
Necesito al final de mis años
Una vez tan siquiera vencer.

Ya que el Alma implacable y sañudo
No da fin á mis hondos martirios,
Ah! dejadme, ardorosos delirios,
Mis miradas al Antro volver.

Necesito explorar el espacio
Donde innúmeros ruedan los mundos,
Arrancar sus secretos profundos,
Y bañarme entre lampos de luz.

Quiero hender el espacio insondable
Y buscar la mansión del Eterno,
Descubrir ese solio superno,
Desgarrando el tupido capuz.

Penetrar al empero, arrogante,
En demanda de paz y justicia,
Y al rumor de una grata primicia
Dormitarme en los brazos de Dios.

Preguntar á los muerzos queridos
Si hubo en Goya una burla, un sarcasmo,
Cuando lleno de loco entusiasmo
Dibujó la sentencia feroz:

¡Nada! dice en el tétrico cuadro
La huesosa escritura del muerto. . . .
Pensamiento de horror ¿serás cierto?
¿Concluirá de ese modo el luchar?
¡Más allá de la tumba, el silencio!
¡Ah! no oír de los seres amados
Los acentos de amor, los dechados
Que supieron al alma halagar!

No saber de esos seres la suerte!
No poderles prestar una ayuda
Cuando invada sus almas la duda
O los hunda el vaivén humanal!
¡Pobres hijos! Pareceme verlos
Mi cadáver cubriendo de besos,
Y más tarde, al orar por mis huesos,
Lamentar mi quietud sepulcral. . . .

Dejadme respirar, siento mareos;
El pintor, como yo, nada sabía;
Dejadme que en mis locos devaneos
Piense en las horas del eterno día
Que ha de colmar por fin nuestros deseos.
Dejad que invadan á la mente mía
Delirios de confianza, y que la calma
Temple de nuevo la ansiedad del alma.

Oh! dejad que en las luchas del destino
Batallen corazón é inteligencia:
Se encontraron los dos en el camino;
Pues que pugnen; talvez en la pendencia
La chispa surgirá, del Sér divino,
Que radiante ilumine mi creencia. . . .
¿Vencerás, corazón? Ah! yo lo dudo
Es invencible el enemigo rudo.

Es invencible, sí; son fundamentos
De su sér, mil verdades deducidas. . . .
No podrán dominar los sentimientos
Mientras el mundo del saber presidas,
Tú, la guía de nuevos pensamientos,
Tú, que todo lo grande dilucidas,
Tú, la estela real de la conciencia,
Tú, lo cierto, lo noble, tú, la ciencia.

Cuánta luz en el alma irradian
Esos focos que esmaltan los cielos,
Engendrando en mi espíritu anhelos
De un abismo sin fin escalar:
Vislumbrar con premisa segura,
En millares de mundos la vida,
Cuya forma diversa convida,
Al creyente de vuelo, á pensar.

Variedad infinita de seres
Que vegetan en medios distintos,
Ya en profundos y helados recintos
O entre capas aéreas, talvez.

¡Habitantes de mundos sin agua
Que dilatan su vida en luz roja,
Sin sentir el rumor de la hoja
Sobre un suelo de eterna aridez!

¿La sublime expresión de los dioses
Será acaso la forma humanada?
¿Por qué nó la materia creada
Pudo hallar diferente troquel?

¡Oh fantástico numen que guías
Del poeta la mente ardorosa:
A la mía anhelante y quejosa
No tu savia le niegues cruel!

Perdido en la voráGINE
De oscuros pensamientos,
Mi sér vuela sin rumbo,
Sin aplacar su afán.
Jamás hallo en mis éxtasis
Dulcísimos acentos
Que acallen en mi alma
El grito que la ahoga,
Con furias de huracán.

Y luego, en mis anhelitos
¿Qué busco, qué pretendo,
Si al fin de la jornada
Se perderá mi voz?
¿Conseguiré mi espíritu
Saber lo que no entiendo,
Buscar en los espacios
El solio en que reside
La magestad de Dios?

Misterio por los ámbitos
Del orbe se derrama,
Misterio en las alturas,
Misterio en nuestro sér.
Vogamos sobre un piélago,
Sin descifrar la trama
Que envuelve nuestra nave
Cuando atrevida surca
Los mares del saber.

La voz apocalíptica
Del salmo de la ciencia
Podrá en lejano día
Calmar nuestra ambición;
Pero en su voz insólita,
Ni el sér de la conciencia,
Ni el Dios de las alturas,
Tendrán en nuestros pechos
Ciéntífica sanción.

¿Cómo produce vértigos
Pensar el adelanto
Que en los futuros siglos
La humanidad tendrá!
De la potencia eléctrica
Se habrá arrancado tanto,
Qué el hombre, sin ser ave,
Al águila venciendo,
La atmósfera henderá.

Y los desiertos áridos
Las sábanas polares,
Las cimas de los montes
Rebeldes al verdor,
En sitios amenísimos
De bosques seculares,
Transformará el progreso
Que asiente sus columnas
En ciencia y en labor.

La furia del océano
Quizá quede sumisa;
Torrentes hoy funestos
Sus fuerzas perderán;
Y del ciclón el ábrego,
Que tanto atemoriza,
Como un recuerdo solo
De su poder pasado
Talvez conservarán.

Canales fertilísimos
Mejorarán las tierras;
La vida de los hombres
La ciencia alargará;
Y los cantares épicos

De desastrosas guerras,
En cantos armoniosos
De paz y de trabajo,
Su historia cambiará.

NICOLÁS N. PIAGGIO.

UNO MAS

A MODO DE PRÓLOGO

Precederá este artículo a la colección de poesías del joven literato chileno señor Olivos y Carrasco, que verá la luz, dentro de breve tiempo, en Valparaíso.

Conocí al joven soñador de *Brunas*, en la redacción de un diario, que ¡cosa rara! no odia al Arte, hace apenas una veintena de días. No así sus prosas y poesías, á no pocas de las cuales conocíalas—publicadas en periódicos y revistas—desde más lejos. Me había sido, pues, grato, por lo tanto, apreciar, en diversas ocasiones, sus excelentes condiciones de fácil estilista y delicado rimador; y no era, para mí, un desconocido. Hoy—próximo á imprimir su primer libro—quiere él que sea yo quien escriba el prólogo de estilo; y no he querido negarme á su deseo, por dos razones: porque es de los nuevos, de los modernos, en el divino y maldito Arte, y—sobre todo—porque entra á la escabrosa liza lleno de entusiasmo y con la bravura y el valor de los que hacen la jornada á tropezones.

En Latino América, —especialmente en Chile,—los jóvenes intelectuales de las modernas formas literarias son los parias del festín de la Fortuna. La vulgar Indiferencia—manto que encubre á los *suos*—les ahoga con su nada; el Tanto por Ciento,—rey burgués de los profanos de la Estética—se permite despreciarlos; y la Prensa diaria—esa prensa que debiera ser guía de luz y apenas es girón de sombra—les acaba de anular, conjurada para la guerra del silencio. Todo tiende á enterrar, bajo el polvo insultante del olvido, al osado que se siente capaz de atar al carro triunfal de sus ideas las palmas de las glorias.

Con todo, el simpático autor de *Brunas* va á publicar su libro. Es que este valiente recién llegado, es uno de esos trabajadores sin desalientos del taller supremo del Ideal, que, contra la marea de los odios, difrazados de Indiferencia, Tanto por Ciento ó Silencio, se ha propuesto llegar—y á mí se me antoja que llegará—al fin de su camino de Damasco.

Hablemos, pues, si os place, de él y de su obrita.

Para cumplir, en conciencia, con autor y público, el compromiso contraído con el primero—presentarle al segundo—he debido leer *Brunas* con la calma, un sí es no es mal intencionada, de un Valbuena; pero—consolado—á la vez, con esa amplia tolerancia del criterio, que dice el talentoso José Enrique Rodó, en sus *Notas sobre*

crítica. Así I he encontrado que el libro de Olivos y Carrasco es—con uno que otro lunarecillo—un ramillete de ensayos felices, dentro del modernismo moderado en que se encuadrara.

¿Se trata, pues, de un modernista? Precisamente. Pero éste es el mayor mérito de *Brunas*; y era tal sentido, vamos—si queréis, señores respetuosos—á juzgarles á ambos: autor y libro.

Hay, en algunas de las prosas y poesías de mi prologuado,—las primeras, sin duda,—como un resaca de la vieja escuela de vosotros, los rebeldes á la natural evolución inteligente de la Estética. Si, el autor de *Brunas* fué, al principio, de los vuestros; con su tinte romántico y todo, para que nada le faltara. El modernismo—este puro modernismo nuestro; á pesar de todo, complacientemente ecléctico—sorprendió hilvanando prosas y versos clásicos al soñador de *La Musa del Ajenjo* y *Filigrana*. Él no titubeó. Le sedujo el sol naciente; y dejó que el moribundo se hundiese en su ocaso. Yo creo que hizo bien mi joven amigo, y que supo decidirse á tiempo. Pienso, también, que, más tarde ó más temprano, él hubiese formado con nosotros; y me alegro, por él, que haya sido luego, como vienen á probarlo los sus *Brunas*. Él me ha contado, además, algunos heroísmos suyos—ya veréis cómo tengo razón para llamarles así—á propósito de su incorporación á la falanxja nueva. Sus pobres primicias clásicas—sus pobres prosas y poesías de los viejos moldes—debió arrojarlas al seno de la nada, ó quemarlas ó destrozalas. ¿Qué pensáis de esto? ¿No fué, en realidad, un heroísmo, ó, más bien, no fueron muchos heroísmos?... Yo estoy por creer que algo más que eso todavía. ¡Qué diablos! ¿Acaso, por ser clásicos, no eran aquellos muy legítimos hijos suyos?... Y ya veis cómo los trató él, sin embargo! ¡Oh! y las pobres victimas propiciatorias ni siquiera fueron mal lloradas... Lloradas, pues, vosotros, señores impotentes... Nosotros, doblemos esta hoja.

Ya os he anunciado que *Brunas*—con uno que otro lunarecillo—es un ramillete de ensayos felices. Agregó que vale más, pero mucho más, que algunos otros que han llevado pórtico, firmemente burlesco, eso sí, de Rubén Darío, ó (Su Magestad Literaria, que dice, con su *español* inimitable, mi muy querido hermano José M. Barreto,) y han merecido juicios encomiásticos de la *claque* intelectual de estos rincones del Arte.

Brunas tiene, sobre todo; el mérito, que escasea no poco hoy, de la originalidad; si bien le acompaña el defecto, que no escasea, ni poco ni mucho, en ningún cerebro joven, (hay sus excepciones) de la premura en la concepción de los trabajos, en prosa ó verso, que encierran.

Pero el estilo es fácil; á las veces, brillante; á las veces, vigoroso, aun en su dulzura, y casi siempre, es ameno. Y esto es lo más que puede pedírsele á un intelecto de pocos años, y, sobre todo, á una pluma incipiente, como es la del autor de *Brunas*; obra, ésta, por otra parte, de toda ella, de imaginación, y,

como casi todas las de su género, imperfecta. Lo principal, por último, en producciones de esta índole es que agraden y deleiten; y las páginas que siguen cumplen bien esta misión.

Veamos, si no, algunas prosas.

La Tristeza.—Es una página de mármol, delicadamente cincelada; á ratos, deliciosa; triste, como su nombre... y no exenta de ciertos defectillos. Se siente, en ella, como un hilito de dolores muertos; así como una dulce resignación de la Desgracia, esta amiga inseparable de los poetas y los miserables...

Libélulas y Mariposas.—Se diría un cuento de Cautile Manlés, copiado por Ambrogio.

La Musa del Ajenjo.—Es el Amor que muere, llorado ¡ay! ¡tan desesperadamente! por esa musa amarga del licor de los sueños trágicos y de las ideas negras... Es el Dolor que rompe cráneos y destroza vidas, mientras, allá, en la obscura mansión de los que han sido, la hermosa amada ida al país de donde no se vuelve, recibe las heladas caricias misteriosas de la Muerte.

En subasta.—Se me antoja un cuento de *Las mil y una noches*, arreglado al Modernismo.

El guardapelo de oro.—Lee esta página ideal, *vosotras, rubias y morenas, de ojos de cielo ó de asabache, de corazón anémico ó sensible; porque para vosotras que gustáis del aroma y del arrullo, va este cuento*. Es un grano de oro,—del oro de los sueños castos,—que ha rodado de la corona del poeta.

Miniaturas.—Hay cuatro pequeñas prosas así llamadas. Son deliciosas, todas ellas; pero, yo prefiero—y os invito á preferir la á su otras lindas hermanitas—á *Nocturno*. Es el dulce himno eterno del Amor, en el despesorio de dos almas.

En fin, de las Poesías de *Brunas* no sé decirlo más, sino que tienen el fresco encanto de su nombre. Las hay azules y rosadas—vale decir, etéreas y humanas—vaporosas, melancólicas, risueñas, orientales... ¡has'a sombras; pero todas de una castidad que destella sus reflejos puros aun en las sensualidades de la desnuda musa de la estrofa erótica.

« Yo quisiera, dulce amada,
ser el verbo;
ser poeta que cantara
los primores de tu seno,
donde tiemblan,
como el nauta entre los hielos,
tus dos ondas
— ¡oh, Dios mío, Dios eterno! —
de rosada carne viva
que provocan el deseo! . . . »

He intitulado estas ligeras líneas, — que, si se llaman Prólogo, no tienen la pretensión de ser juicio crítico ni mucho menos, — *Uno más*. Estoy, pues, casi obligado á dar á mis lectores la razón, de este título; por más que algunos, si no todos, la habrán, acaso, adivinado.

Y bien; ahí va ella.
Nosotros, los que, en Latino-América, ó más allá, nos decimos, muy legítimamente, « modernistas », somos, los revolucionarios

de una Nueva República en el Arte; y, en el combate que tenemos empeñado contra los añejos ideales del rezagado clasicismo académico, cada joven soldado que nos llega, ó se plega á nuestras filas, es un heraldo más del Triunfo.

Horacio Olivos y Carrasco es de estos campeones nuevos; y bien merece los aplausos de los públicos, si no por más valiente, (oh! no os sublevéis, los imbéciles y los envidiosos: él sabe que no lo es tanto,) por más confiado y más modesto.

Y, si aun no por ello, porque es *uno más*.

MARIO CENTORE.

Valparaíso, Febrero de 1907.

La batalla de Ayacucho

I

El águila del Norte redentora,
Después de hollar las desoladas cumbres
Del negro Chimborazo,
Estrecha en la región encantadora
Al águila del Sur libertadora
En venturoso abrazo.
Indómito coloso el oceano,
Que enfurecido estalla,
Llevando en su fronética corriente
Gritos de muerte, salmos y lamentos
Cuando agitan, jinetes colosales,
Sus victoriosos lábaros los vientos,
Al contemplar reunidos los dos astros,
Adormecido, calla
Para escuchar mejor. Cesa el lejano
Fragor de la batalla,
Que aligeros no traen los huracanes;
Interrumpen, pináculos del suelo,
Sus gigantícas luchas con el cielo,
Fumíferos eternos, los volcanes.

Las momias de los incas se estremecen
En sus lechos de piedra,
Y ante la vista atónita parecen
Ese sér, sin quietud, sin colorido,
Que cuando alumbra Venus, tembloroso
Aparece flotante, silencioso,
Sobre el profundo piélago dormido.

Todo calla y escucha alborozado:
El valle, el monte, el viento, la llanura,
La montaña brillante de blancaura,
Mórbida nube, el cráter encumbrado,
El indígena triste, infortunado,
La sombra de Miranda que fulgura,
El arroyo sonriente que murmura,
El ténpano del polo, immaculado.

II

Cuando en el cielo chocan,
Flamíferos atletas,
Esparciendo sus hálitos de fuego,
Horóscopos sangrientos, los cometas,
Insólitos se paran en sus rutas
Erráticos planetas,
—Que recuerdan, sonámbulos fulgentes,
Las lágrimas de Dios en el abismo
Derramadas como átomos candentes
Al recordar funesto cataclismo.—
Á mirar, imponentes,

Los ígneos luchadores

Que renuevan, Aquiles iracundos,
Los trágicos combates de los mandos.
Crujen de las innúmeras esferas
Los ámbitos robustos;

Se oye de horribles aves agoreras
Los fatídicos cantos vagabundos,
Que parecen las súplicas postreras
De olvidada ciudad de moribundos;
Combatidos por ráfagas de muerte
Los extáticos astros resplandecen

Como inmensas hogueras;
Las decrépitas lomas se amortecen
Cual firmes masas de materia inerte,
Y las pétreas montañas se divisan
Como áncoras enormes con que el globo
Navega, cual fantástico navío,
Por el mar proceloso del vacío.

III

En Guayaquil dichosa
Verifican su junta misteriosa
Los homéricos genios de la guerra:
En la región sublime, luminosa,
Dónde, ciclopes rudos, los volcanes
Despedazan la tierra,
Y los ríos, ejército que fluye
De la vecina sierra,
Depositán en suelo bondadoso
Su légamo fecundo!
En la región del trópico encantada,
Dónde brilla la estrella temblorosa
Y se viste la nube vaporosa
Con preciosos celajes de alborada,
Dónde la luz es rúbea llamarada;
Beso fugaz la brisa bulliciosa;
Y muestra siempre virgen deliciosa
Relámpagos de amor en su mirada!

Son hijos de la gloria, americanos,
Que desde el mar Caribe que rodea
Con sus blancas orillas,
Cual volcánico amante, á las Antillas,
Hasta el luctuoso polo,
Perpetuo desposado de la noche,
Y del frígido Eolo,
Que reposa en su tálamo de nieve
Esperando perplejo
El pálido reflejo
Que parece luciérnaga que alumbrá
La faz descolorida de una tumba,
En sus angustias manos
Flamear hicieron, Hércules soberbios,
Ante el célico soplo de la gloria
El pabellón de independencia ó muerte,
Mientras brotaba, altivo,
De sus fogosas frentes,
Al derrotar los tercios castellanos,
Nuncio de las catástrofes rugientes,
El rayo que fulmina á los tiranos!

Á su paso revienta sordamente
Antártico inclemente;
Surge de los estruendos de las grutas
Un metálico grito de contento,
Cual, del estro inspirado, el pensamiento;
La nube refulgente,
Que recuerda al mirarla

IV

Sobre la playa lánguida, desierta,
Los tétricos ropajes de una muerta,
Se anima, se colora y se sonríe.
Suena el clarín guerrero
Despertando los ecos adornidos,
Con rigor de tormentas;
Ruge sobre su base el ventisquero,
Mientras el buitro fiero
Suspende su brutal carnicería.
Para el bulho el graznido lastimero;
Enmudecen los fúnebres gemidos,
Y enciende al escuchar los estampidos
Sus lámparas suauosas el crucero.

Es el cañón terrible que vomita
En los campos horrendos,
Para anunciar al pueblo esclavizado
Que el inválido cetro se derrumba,
Mientras ondea orgulloso
El pabellón sagrado,

Sin temor de las trombas ni los vientos,
Cobijando simbólico á los héroes,
Cual la noche á los llanos opulentos,
En Horcones, San Félix, San Mateo,
Boyacá, Carabobo,

Sol que marca el espléndido apogeo.
Acciones que recuerdan
El horrísono duelo
Entre Júpiter máximo y los monstruos,
Que, movidos por Titan, aspiraban
Á conquistar, impávidos, el cielo;
Dónde á los recios golpes de los sables,
Que duros, indomables,

En las copiosas filas enemigas
Abren ruinosos claros, comparables
Á las grietas que cavan en el suelo
Siniestros terremotos,
Los incógnitos patriotas conquistaron

Para su patria mártir
La olímpica corona de los libros
En los campos históricos que, ahora,
Cargados de reliquias venerables,
Se muestran cual un ánfora de flores,
Dónde sacan risueños los amores
Sus séráficos dardos impalpables.

V

Cuando tu gloria, mísero, recuerdo,
¡Oh nombres inmortales!
Ante mi vista férvida aparece,
Cual nebuloso espectro,
La centellante sombra vencedora,
La sombra de Bolívar.
Y desde artera, brusca catarata
Que desciende con voz atronadora
Hasta la tierra joven, seductora,
Que feliz besa el caudaloso Plata,
Brotó un canto tronante, que arrebató,
Á saludar la imagen soñadora,
Canto que como fusá arrulladora
En las auras del bosque se dilata.

VI

El otro es de la patria de Moreno,
Dónde tras noche larga, tenebrosa,
Al desplegar sus alas la mañana,
Como túnica hermosa la sultana,
Apareció radiante el Sol de Mayo,
Mientras el león herido
Por relumbrante rayo
Exhala quejumbroso entre las selvas
Los estertores de mortal desmayo.

Y la tierra orgullosa se engalana
Al escuchar la diana
Que saluda por siempre soberano
Al pueblo de Las Heras y Belgrano.
Demostró en San Lorenzo que abrigaba
El ardor de los grandes entusiasmos;
Ese fuego triunfante
Que arrebató, animoso, Prometeo
Del yunque del Olimpo;
La chispa, vigorosa, que esclarece
Las órbitas ignotas,
Y ercamina vibrante
A los pueblos anárquicos del globo,
En sus sendas históricas, remotas.

Atravesó los Andes majestuosos,
Las cimas que parecen
Sarcófagos añosos, donde yacen
Todas las razas muertas.
¡Ay! las razas que ayer predominaban
Y que hoy duermen escuálidas y yertas!
Intensos luminares encendidos
Por mundo alotargado,
Para anunciar que vive
Sin calor, sin amores, sin cantares,
Bajo el sudario hirviente de los mares.
Cruzó los ríos tersos, anchurosos,
Que de lejos recuerdan,
Cuando reza en las ramas la elegía;
Parece el monte adusta fortaleza,
Y el grito es llanto, monstruo la aspereza,
El agua hielo, el viento melodía,
Al rielar afanosos
Los fosfóricos hilos por do pasa
En su carro lucífero la noche,
Cuando el ángel letal de la agonía
Tiñe el cielo con lúgubre belleza
Y desprenden las hojas con tristeza
Su amarga, melancólica poesía.

Libertó a Chile, y luego
Llegó al Perú, la Roma de los incas,
Donde inflamado por celeste fuego
Resuelve presuroso
Ir a encontrar al célebre candillo,
Al vencedor de Boves y Morillo.
Cuando en bella ciudad se saludaban
A los rayos del sol de la victoria,
Boyacá y Chacabuco se abrazaban
Con el ósculo ardiente de la gloria.

VII

Nada se oye. Recubre al hemisferio,
Cual azaroso manto,
El áspero silencio

Que guarda, funeral, en el misterio,
Mudo gemir, el místico quebranto:
La oración perfumada por el llan'ó
Del clamoroso, fíbil cementerio.
Al través de la pérfida penumbra,
Fantasma del Averno,
La montaña, imponente, se vislumbra,
La montaña que envuelta en su sudario
Aparece cual nube blanquecina,
Y que débil los antros ilumina,
Como alumbra la luz en un santuario.
Sobre el cerro y el valle funerario
La noche sus miradas disemina;
Y solloza la brisa respertina
En las arpas del bosque solitario.

Misterios que enigmático, divino,
Reserva en sus arcanos el destino.

El vencedor de Osorio
Se oculta, como lágrima furtiva,
Sin rencor, sin palabras, sin un grito,
Cual se vela en el túmulo infinito.
La vaporosa estrella fugitiva.
¡Salve, libertador de tres naciones!
Tu esclarecido nombre
No borrará ni el déspota caduco;
Brillarán fulgurantes en la historia,
Como una estela mágica de gloria,
Los laureles de Maipo y Chacabuco!

VIII

Les deplorables sombras
Que cubren a la América llorosa,
Esa sombra fantástica que llega,
Temblante, fervorosa,
A dormir en las altas cordilleras
Cuando se apaga un astro en las esferas,—
Como las albas nieblas
De taciturnas noches invernales,
Que al correr como luz en las tinieblas
Lloran sobre las flores sepulcrales,
Y que en Limbo glacial se desvanecen
Al abrir somnolientas
Sus ojos bienhechores,
Como dulces amantes seductoras,
Sonrisas de los cielos, las auroras,—
Así se disipan,
Al asomar, cual un flameante globo,
Tras las alturas de Junín bendito,
El Sol de Carabobo.
A cuyo vivo, santo centelleo.
Muestra Junín reflejos de un incendio;
Se oye de suave arrullo el aléteo,
Y las rocas letárgicas recuerdan
Un extraño trofeo.
Palpitan en los valles las leyendas
De olvidadas contiendas;
Retumba sobre el médano sereno
El fragoroso trueno
Que, en su injusta agonía,
Sintió sobre el Calvario el Nazareno.
Y un grito de alegría
Brotó de todas partes poderoso,
Distinguiendo cómo huyen en derrota.
Los épicos soldados
Del Canterac valiente,
Al cargar, con furor, por retaguardia,
Con el empuje de la vieja guardia,
Invencibles, los Húsares de Suárez.

IX

Bolívar se retira y aparece
El valeroso Sucre,
El genio legendario de Pichincha.
Sucre que cobijaba
De San Martín el cálculo,
Y el tempestuoso, rutilante vuelo
Del águila caudal, del gran Bolívar.
Brilla en su frente el rayo de los cielos,
La rumorosa y delicada brisa
Lo baña en sus balsámicos efluvios;
Y rápido, risueño,
En la rosada nube,
Como arcángel que surge del ensueño,
Aparece profético querube,
Agitando en su mano
El pabellón glorioso de Colombia
Sobre el valle cercano.
Una estrella de púrpura rutila
Sobre la fuente lúbrica y traviesa;

Y la pálida Luna que embelesa
Parece una romántica pupila.
Al morir, como el céfiro tranquila,
La llanura arenosa el agua besa;
Mientras la flor, efímera princesa,
En las auras sus pétalos destila.
América querida lo contempla,
Con miradas que esparcen
El cariño infinito de una madre,
Y el calor febriciente
Con que observa a su amado, ruborosa,
Cándida virgen que va a ser esposa.

La Serna se aproxima
Con numeroso ejército que forma
En la vecina pampa de Ayacucho.
Ayacucho que viera
Dominante flamear por vez postrera,
Como visión ceñuda,
Sobre el pico eterno de la montaña,
El pabellón de la valiente España.
Cruza un espectro orrante
Sobre el rústico campo de batalla,
Eparciendo tristezas que recuerdan
Los dolores de herido agonizante;
Y Sucre, vigilante,
Con su voz estentórea, que parece
El bramido del trueno en las cavernas,—
Los hondos agujeros
Que labraron, titánicos obreros,
Los ecos de las cóleras eternas,
Cuando la horrenda tempestad sombría
Desgaja los peñascos,
Que chocan y al luchar se precipitan
Con supremo alarido resonante,
Buscando su sepulcro
En el fondo del valle murmurante,—
Arenca a los intrépidos soldados,
Con su mirar inquieto, penetrante,
Mientras su espada que el combate espera
Como fulgor de fuego reverbera.

El impetuoso Córdoba,
Después de comenzado el entrevero,
En flagelante acero
Su elástico magnético levanta;
Y dirige a la carga la derecha,
Bajo lluvia adorable de colores,
Al paso victorial de vencedores.
Ante el sólido empuje de los héroes
El ejército real se desvanece,
Como termina tenue, indefinible,
El cántico del pájaro apacible
Cuando en la selva tórrida anochece.
Lo enseña de Lepanto desfalleció
Al divisar la carga irresistible,
Y como sér idólatra y sensible
Con lágrimas de sangre se humedece.

X

Suena el toque triunfal de la victoria
Sobre la cumbre de los verdes montes,
Y cual mares de luz arrebolada
Resplandecen los rojos horizontes.
Bajan hasta los gruñeos sicomoros
Turbulentos meteoros,
Cuya estela, arrogante, se desliza
Como una cinta trémula, y rojiza.
Riman entre los árboles del bosque
Los invisibles huéspedes sonoros;
El ardoroso Febo
Los átomos sutiles electriza,
Y con sus besos ávidos y rientes
Las aguas lujuriosas vaporiza.

Y de las tiernas, prósperas naciones
Que, desde fría Alaska
Hasta el suelto carámbano del Polo,
Alientan en el mundo americano,
Al quebrarse los fuertes eslabones
Del armazón de antiguo coloniaje,
Que pesaban, sacrilegos baldones,
Sobre la pobre esclava meritoria
Como fulmínea lápida mortuoria,
Nace un himno, relámpago que exclama,
Como nota inmortal que en alto vibre:
¡Salve, América madre! ¡ya eres libre!

JOSÉ SALGADO.

Lo que no muere

Luz y sombras, flores y espinas, tempestades y calma: tal es el contraste que ofrece la naturaleza. Risas y llanto, tristezas y alegrías: tal es el orden abrumador de la existencia. Las primeras impresiones hacen al alma, y la vida corre por el cauce abierto por ellas. Imposible nos será olvidar las caricias de aquel sér que vela nuestra existencia, que sueña con nuestra dicha y se sacrifica por ella. En cualquier época, en cualquier circunstancia, la madre reúne en sí la más pura dicha de nuestra vida toda. Se la necesita en la felicidad y en la desgracia. Un día calculó un navegante nueva vía para el viejo mundo, y una reina cooperó en esta obra. El cálculo pertenece a Colón, la cooperación a Isabel de Castilla. Del cálculo del uno y del impulso alentador de la otra, nació la América, el más legítimo orgullo del planeta. Allí estaba reservada otra madre, y sus hijos sintieron desde aquel día agitarse en sus pechos un sentimiento hasta entonces desconocido. Madre y patria: hé ahí dos ideas que encarnan en sí los más bellos ideales del hombre. Una fuerza invencible nos arrastra en pos de estos ideales. Si el eminente filósofo, el poeta místico, el orador elocuente, no llevarán la intuición bellísima de cumplir sus sagradas misiones impuestas por fuerzas desconocidas, ¿cómo verían, al través de las sombras que les circueyen, los deberes sagrados de ilustrar a los pueblos? ¿qué valdrían sus disertaciones psicológicas? ¿qué sus cadencias sacras? ¿qué sus elocuentes peroraciones, llenas de ardoroso fuego? Sí, hay un sentimiento bellísimo, íntimo, inmenso, que nos lleva hacia una de esas madres: el amor patrio. El amor patrio es una religión; para vencer con él se necesita el triunfo de la fe antes que el triunfo de la fuerza. Existe un libro único en el que leemos siempre, cuya lectura nunca nos cansa y que moriremos antes de haberlo leído por completo: es el libro de nuestros propios pensamientos. Existe otro cuya lectura nos hace levantar con placer la frente agobiada por la fatiga y en el que refluyen las olas de la vida pasada que han manado del corazón; que nos entristece a veces pero que también nos reconcilia con la humanidad: es el libro de los recuerdos. Repasemos sus hojas, leamos aquellas consagradas a los pensamientos más queridos. Habrá juegos de luces y sombras en estas palpitaciones, que se tras-

ladan con la palabra viva del corazón al oído, sin otra ayuda que la serena memoria. ¿Qué importa? . . . Abramos ese libro, y detengámonos en la primera hoja: una figura llena de majestad aparece a nuestra vista. Es una mujer en cuya frente hay algo de sublime; su cabeza la cubre un gorro frigio; su mano sostiene una insignia: aquella que ha servido de palio sublime a nuestros héroes y de sudario glorioso a nuestros mártires. Esta hoja está perfumada por las flores del sacrificio.

Al leer la segunda, algo así como un effluvio de consuelo parece desprenderse de ella: allí están las creencias respetadas y favorecidas, las industrias protegidas, el crédito del país garantido, la paz asegurada, y el viento del progreso pronto a conducir la nave de la nación al lugar que le espera entre las naciones del mundo: he ahí lo que contiene la página de la Libertad. Continuemos. . . El símbolo de la gloria circuye con sus verdes ramas esta página, en el centro de la cual la gratitud de un pueblo grabó los nombres de aquellos que salvaron a la patria agonizante en el mar de la esclavitud. La estrella afortunada de América alumbró una cuna dichosa en las colinas de Misiones. Allí dormía sobre una alfombra de trébol un tierno niño arrullado por los murmullos de un río inmenso. En medio de aquel concierto de armonías suavísimas palpitaba aquel corazón. El ambiente que allí se respiraba era el de la libertad acariciando la primera aurora de un héroe americano. El nombre de ese héroe está el primero en esta página. Detengámonos ahora en esta otra hoja luminosa donde está grabado el nombre de ese pedazo de tierra argentina, dos veces bendecida por el mano de Dios. Allí está palpante la selva virgen y florida con sus paisajes y sinfonías; la suave brisa que desciende al caer el sol, parécenos sentirla como una respiración tranquila. Allí está patente el poema de la Naturaleza, con la grandeza de su conjunto, poema al cual se une otro no menos bello: ella despierta las históricas reminiscencias, y aparecen los hombres y los hechos en este desfile lejano sin que el tiempo haya borrado uno solo de sus detalles. Por una extraña creencia se toma a Belgrano, en esos momentos, como hijo de Tucumán, y se le bendice en secreto cada vez que se nombra el campo de las carreras donde quedó sellada nuestra independencia para siempre. Belgrano vive allí en el libro y en el alma, y, como se ha dicho, hasta en las sombras que lentamente bajan a la ciudad dormida para besar la tierra de las victorias pasadas. La imaginación continúa repasando sin orden, sin calma, sus mejores hombres, tal vez con ciertos arrebatos íntimos, como si la memoria obedeciera a la marcha rápida de una locomotora. Pero vamos más a prisa, que el tiempo es breve. La mano se resiste a doblar la siguiente página enlutada, y el corazón se oprime al leerla. ¿Qué fecha contiene? La de una época de tempestades políticas llena de crímenes, errores y venganzas, cuyas proyecciones de sombras en el cuadro de nuestra vida nacional hacen resaltar mejor sus partes iluminadas por la gloria. Doblémosla y tratemos de olvidar. . . Sólo es grande la virtud, lo demás

pasó. Los que hoy degradan a la patria, el oprobio del historiador lapidarán mañana sus frentes. Si nos dijeran que puede volver esa época, levantemos altiva nuestra cabeza libre. No, la libertad no es una dádiva, es un derecho y un deber que jamás faltará a un pueblo que está vigilando los medios de defenderlos! Fijemos ahora nuestras miradas en esta última hoja donde se encuentran los proyectos para una época que vendrá. Vendrá sí, con sus amplios horizontes de nueva luz, con sus modernos héroes formados en la escuela del deber, teniendo por base un pasado glorioso, un presente que deja escapar fulgores de bienestar; y entre el estrépito de la libertad, que parece que agobia porque conmueve, nace una idea, se levanta un pensamiento que borrará las huellas de dolor y sangre que va dejando la humanidad en su penosa carrera. Rodean a esta página las flores del progreso y las guirnalda de la esperanza. He ahí la página del porvenir!

¡Hombre! Eres la luz que alumbras a tu patria; no te apagues. . . Tal vez llegues a brillar como un inmenso faro; pero si las ideas de tu cabeza delirante han de iluminar los horizontes de la patria con resplandores de incendio. . . apágate más bien!

Todo pasa, todo se desvanece, todo muere; pero hay algo que triunfa de ese anciano eterno devastador de lo inconstante. El cuerpo del que tanto nos orgullecemos no es más que un deleznable vaso de miserable arcilla que guarda al alma, compañera de la inmortalidad. Lo que grabemos en ese vaso frágil llegará a desvanecerse como la nieve a los rayos del sol; lo que se grave en lo que él encierra es eterno. . . El amor patrio no vive en la vida de la materia: vive en la existencia del alma. ¡El amor patrio no muere! . . .

ANGÉLICA COMBES.

Buenos Aires.

TROPICALES

PARA TU ALBUM

En tu album mis versos serán mariposas
Que en giros extraños, con luces preciosas,
Dirán felices un himno de amor,
Con esos acentos
Con esos gemidos
Que son en la brisa serenos latidos,
Que son en la estrella brillante fulgor.

Y a tu oído de nieve, plegando sus alas,
Que así con su roce tus fúlgidas galas,
Tus rasgos de diosa, no puedan manchar,
Dirán los sueños
Que pueblan mi mente
Cuando tu recuerdo se eleva fulgente
En mi alma, cual la hostia en el sacro altar.

Dirán el cariño que llena mi alma,
Que es toda mi vida, mi más dulce calma.
Mi cielo, mi gloria,
Mi Dios, mi existir;
Que tú eres la sola visión que me encanta,

La única dicha
Que á mi alma agiganta,
Y el numen sagrado que me hace vivir.

Que tú eres quien brillas tan sólo en mi mente,
Que tú la que adoro de un modo ferviente,
Mirando tus ojos cual único sol;
Que sueño que vives
En todas las flores,
En todas las notas y en esos colores
Con que se matiza radiante arrebol.

Que tú eres en mi alma la vívida estrella,
La brisa que gime,
La flor la más bella,
El canto del ave,
El beso de adiós,
El vuelo de un angel,
La luz de los cielos,
Las notas del harpa,
De amor los anhelos,
El sueño y la gloria y el culto de Dios!

Que tú das al aire perfumes de rosas,
Colores de nécar á las mariposas
Y al vasto oceano sus ondas de tul;
Que das á los astros
Su luz brilladora,
Sus mágicos tintes á espléndida aurora
Y al cielo infinito su límpido azul.

Dirante mis versos también, mi adorada,
Que tú eres la calma por mí suspirada
Cuando el infortunio
Desgarra mi sér,
Y que si tu imagen se eleva en mi alma
En medio á las sombras
Que turban mi calma
Yo vuelvo á la vida y vuelvo á créer!

Dirante mis versos que cuando la pena
Me acosa implacable, me hiere, me atruena,
Con furia inaudita, loco frenesí,
Murmuro tu nombre,
Evoco tu rostro,
Ante tu recuerdo de hinojos me postro
Y la dulce calma descende hasta mí.

Y pues eres angel, la vívida estrella,
Las notas del harpa, la flor la más bella,
El sueño y la gloria y el culto de Dios,
Acepta estos versos
Que son mariposas
Que á mi alma y tu alma, con luces preciosas,
En una tan sólo reúnen las dos.

VICTOR PÉREZ PETIT.

MEDITANDO

Á Daniel Martínez Vigil.

Para alcanzar los lauros de la gloria
Combato con las armas de la idea
Y me seduce el grito de «victoria!»
Como á un hijo de Marte en la pelea.

Con la fe del creyente fervoroso
Que halla dulce lo amargo de la vida,

Porque sueña un futuro más dichoso
En la Gloria divina prometida,
Acaricio ilusiones y esperanzas
En sueños de mi loca fantasía,
Y sin temor á viles asechanzas
Cruzo tranquilo la escabrosa vía
De mi existencia amarga
Con mayores tristezas que alegría.
Pues cuantos más obstáculos ofrece
La senda que conduce á lo deseado,
Tanto más el encanto nos acrece
Del ilusorio porvenir soñado.

Suelo echar en olvido
Que á lo noble domina el egoísmo,
Por lo cual muchas veces he vivido
En el risueño ambiente del lirismo.

De las cosas del mundo
Formo juicio de un modo muy extraño,
Y á las veces confundo
Las formas, los colores y el tamaño.

Suelo creer en el amor sincero
Que profesan Virginias y Julietas,
Pero también con pesimismo fiero
Juzgo que hoy solamente los poetas
Rinden culto al amor en forma seria
Y contemplan tan sólo su pureza,
Sin recordar lo mucho de miseria
Que encubre con su manto de belleza!

Tras la luz del saber cuánto he corrido
Para alumbrar mi tenebrosa senda!
Á la ciencia he rendido
De mi culto la ofrenda,
Y tengo convicción muy arraigada
De que el saber produce desconsuelo,
Y la vida dichosa es deparada
Tan sólo al ignorante en este suelo.

Basado en la experiencia,
Considero optimistas
Las ideas que inspira su sapiencia
Á algunos muy sesudos moralistas
Que afirman convencidos,
Qual si trataran de hechos comprobados,
Que las buenas acciones han tenido
Y tendrán siempre buenos resultados.
Hoy no se logra el fin que se desea
Siguiendo por la senda más correcta,
Y vive en el lirismo quien no crea
Que la conducta humana es imperfecta.

Doquiera exprese mi sentir, se nota
El sombrío color del pesimismo
Que de mis frases brota;
Que en los años escasos que he vivido
Por el mundo he rodado;
Mis caras ilusiones he perdido,
Y por eso mi espíritu he sentido
Por frío escepticismo dominado.

Oh! dejadme luchar que, sonriente,
He contemplado huir mis ilusiones
Más de una vez, sin abatir la frente,
Y nuevas seducciones
Hallé en lo porvenir, en lo ignorado,

En donde sólo el pensamiento alcanza.
Boscaje inexplorado
Donde brilla la luz de la esperanza!

PERDO COSIO.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

RESEÑA HISTÓRICO-DESCRIPTIVA DE ANTIGUAS Y MODERNAS SUPERSTICIONES DEL RÍO DE LA PLATA, POR DON DANIEL GRANADA. 1 vol. en 8.º Col.: 666 págs. más XXI de Introducción.

La obra, ha tiempo anunciada, del distinguido autor del *Vocabulario Rioplatense*, relativa á las supersticiones populares de esta parte de América, ha salido á luz, lujosamente editada por la « Librería Nacional » de A. Barreiro y Ramos, La REVISTA NACIONAL anticipó, en uno de sus anteriores números, un interesante capítulo del libro que hoy se da á la publicidad.

Mientras una atenta lectura nos habilita para formar y exponer nuestro juicio respecto á la laboriosa « Reseña » del doctor Granada, nos limitaremos á transcribir el Prospecto del editor, que da cuenta de la índole é importancia de la obra, así como el sumario de las materias que comprende.

EL EDITOR

La obra precedentemente indicada, de cuya publicación nos habíamos hecho cargo, según lo teníamos anunciado, sale hoy á la luz, impresa con esmero y elegancia.

Esta nueva obra del autor del *Vocabulario Rioplatense Razonado* es propiamente una novedad literaria, por las cosas de que trata y por constituir un libro de amena lectura, á la par que serio. Es un trabajo, como lo indica su título, *histórico y descriptivo*; pues en él se describen las supersticiones del Río de la Plata y se inquiere y establece su origen, cuando es posible determinarlo entre la confusión de elementos tradicionales, con expresión de las fuentes en que el autor apoya sus asertos. Las fuentes á que ha recurrido el autor son, cada una en su esfera, de autoridad indisputable. La parte científica de la obra, estriba en el enlace y analogía de muchas de las supersticiones que en ella se relatan, con los sorprendentes fenómenos del magnetismo animal en sus diferentes manifestaciones, que los experimentadores modernos analizan, y de que el autor de las *Supersticiones del Río de la Plata* ha hecho referencia en su trabajo, pero sujetándose siempre á un criterio rigurosamente espiritualista, que es el suyo. También hanse puesto á contribución en esta obra las originales doctrinas de la titulada *ciencia oculta*, de la que el autor no ha creído deber desentenderse, por mucho que la reputa incompatible con el verdadero saber científico, en la legítima acepción de la palabra. Finalmente, además de histórica y científica, es una obra de amena literatura y en extremo curiosa, por las singulares noticias y copioso caudal de elementos que ofrece á la imaginación de la gente culta que busca en un libro el esparcimiento y solaz del ánimo, y á la fantasía del poeta y del nove-

lista que necesiten materiales para las creaciones de su ingenio.

Respecto del autor, ¿qué cabe decir al editor, cuando ya el público conoce su *Vocabulario Rioplatense Razonado*, tan ventajosamente juzgado por literatos de primera línea y citado en casi todas las obras que sobre materias análogas se han publicado después de su aparición? D. Juan Valera, D. Vicente Barrantes, D. José María Sbarbi, el Conde de la Viñaza, D. Alejandro Magariños Cervantes, D. Ricardo Palma, D. Antonio Batres Jáuregui, D. Francisco Latzina, D. Lucio V. Mansilla, D. Juan de Seijas, D. Elías Zerolo, etc, etc, han juzgado largamente los unos y encomiado el *Vocabulario*, y lo han citado con estimación los otros, en sus obras y escritos. El filólogo Carlos Léntzner empezó á reimprimirlo en Léipzig, reproduciéndolo en el *Diccionario de Provincialismos Hispano-Americanos* que se propuso dar á la estampa. Ignoramos si Léntzner ha llevado adelante la empresa. La prensa toda del Río de la Plata se ha ocupado del *Vocabulario*, no escaseando elogios al autor.

Para que el público se forme una idea del nuevo trabajo del Dr. Granada que ahora se ofrece á la curiosidad y al estudio de la gente investigadora y de las personas que leen por recreo y pasatiempo, se inserta á continuación el *Índice de los capítulos*.

En las *Supersticiones del Río de la Plata* por el Dr. D. Daniel Granada, no dudamos ofrecer á los lectores un libro de interés y de oportunidad notorios, dada la importancia que tienen hoy día y la afición que despiertan los estudios del *folk-lore*, los del hipnotismo y otros experimentos análogos, y los de la magia y *ciencia oculta* con sus altas pretensiones.

SUMARIO

Introducción — Capítulo primero. Primeras ilusiones y desengaños de los españoles en el Río de la Plata. — Capítulo II. Apariciones al tiempo de la conquista entre indios y cristianos. — Capítulo III. Supersticiones indígenas y supersticiones advenedizas. — Capítulo IV. Gualicho y Añanga. — Capítulo V. Médicos indios. — Capítulo VI. Condición moral del campesino rioplatense. — Capítulo VII. Preocupaciones acerca del cabello y la barba entre indios y cristianos. — Capítulo VIII. Salamancas. — Capítulo IX. Salamancas. — Capítulo X. Cerros encantados. — Fuego y oro. — Capítulo XI. Cerros bravos. — Capítulo XII. Entierros y guacas. — Capítulo XIII. Lagunas Bravas. — Capítulo XIV. El mito en la naturaleza vegetal. — Capítulo XV. Uso y hechizos de la yerba del Paraguay. — Capítulo XVI. Vicisitudes del ombú y preocupaciones á su respecto. — Capítulo XVII. Naturaleza y efectos maléficos del guaribay bravo ó aruera. — Capítulo XVIII. Personificación y supuesta influencia de las aves. — Capítulo XIX. Maravillosas virtudes del caburé. — Capítulo XX. Origen mítico y excelencias del urutaú. — Capítulo XXI. Simpatía, palabras, etc. (elementos de la magia vulgar). — Capítulo XXII. La vista en la magia vulgar. — Capítulo XXIII. De algunas preocupaciones (simpatías y antipatías cabalísticas). — Capítulo XXIV. De otras preocupaciones (fenóme-

nos naturales). — Capítulos XXV. Fe en las simpatías. Taumatúrgos pedestres. (Auto-sugestión). — Capítulo XXVI. El vulgo médico. — Capítulo XXVII. De algunos Taumatúrgos célebres (magia, rezos, santiguadas, soplos: «sugestión» y «auto sugestión»). — Capítulo XXVIII. Curas morales (auto sugestión). — Capítulo XXIX. Gasnara y simpatía. — Capítulo XXX. Hechicería y demonios. — Capítulo XXXI. Demonios, apariciones, fantasmas, etc. — Capítulo XXXII. Maleficios: «daño». — Capítulo XXXIII. Ampliase la materia del anterior. — Capítulo XXXIV. Fascinación ó mal de ojo. — Capítulo XXXV. Brujas. — Capítulo XXXVI. Transformaciones de hombres en animales. — Lista alfabética de los autores citados en esta obra. Tabla alfabética de cosas notables.

DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO DE LA LENGUA CASTELLANA. CONTIENE LAS VOCES, FRASES, REFRASES Y LOCUCIONES DE USO CORRIENTE EN ESPAÑA Y AMÉRICA. LAS FORMAS DESUSADAS QUE SE HALLAN EN AUTORES CLÁSICOS Y LA GRAMÁTICA Y SINONIMIA DEL IDIOMA, TODO ILUSTRADO CON EJEMPLOS Y CITAS DE ESCRITORES ANTIGUOS Y MODERNOS; LA BIOGRAFÍA DE LOS HOMBRÉS QUE MÁS SE HAN DISTINGUIDO EN TODOS LOS TIEMPOS, LA GEOGRAFÍA UNIVERSAL, LA HISTORIA, LA MITOLOGÍA, ETC., ETC. COMPUESTO POR ELÍAS ZERULO, MIGUEL DE TORO Y GÓMEZ, EMILIANO ISAZA Y OTROS ESCRITORES ESPAÑOLES Y AMERICANOS. MONTEVIDEO. A. BARREIRO Y RAMOS. PROSPECTO-ESPÉCIMEN. 1 folleto de 16 págs. en 4.º.

La casa de Garnier acaba de publicar en París, en dos volúmenes en folio de 1,200 páginas, ilustrados con profusión de retratos, mapas y viñetas, esta importante obra que ha sido compuesta bajo la dirección del distinguido escritor americano don Elías Zerolo, cuya competencia en cuestiones de lenguaje es bien conocida. — Dicen los señores Garnier en la advertencia preliminar del Prospecto de que acusamos recibo:

«Anunciamos con verdadera satisfacción la venta del *Diccionario Enciclopédico de la Lengua Castellana*, compuesto por don Elías Zerolo, don Miguel de Toro y Gómez, don Emiliano Isaza y otros escritores españoles y americanos.

«No ha sido fácil tarea reunir en dos volúmenes en folio, de poco más de 1,200 páginas cada uno, la esencia de los mejores diccionarios y enciclopedias conocidos, pues no sólo se hallan en ellos las voces todas que contienen los Diccionarios de la Academia Española, de Salvá, el Novísimo y otros léxicos, con excepción de algún vocablo intencionalmente excluido por desusado ó incorrecto, sino que nuestro Diccionario tiene millares de voces y acepciones tomadas de los escritores antiguos y modernos y que no se hallan en otro ninguno. Figuran así mismo en él las voces y sentencias latinas y de otros orígenes que por ser de uso constante entre la gente culta, han venido á formar parte del caudal común de nuestra lengua. Es decir, ningún diccionario castellano, ni siquiera las verdaderas enciclopedias en muchos volúmenes, contienen colección más copiosa de voces, frases y refranes; y con la ventaja en el nuestro, de estar autorizados con citas de autores espa-

ñoles y americanos é ilustrados con notas gramaticales y filológicas y ejemplos de utilidad innegable.

«Para lograr reunir tal cúmulo de materia en dos tomos, se han adoptado el tipo de letra, tamaño de página, y sistema tipográfico del *Grand Dictionnaire* de Bescherelle, mejorándolo con algunos cambios que hacen más fácil la consulta. La abundancia de viñetas explicativas, de mapas y planos, y de retratos, realzan el mérito de nuestro *Diccionario Enciclopédico*, y por todo esto esperamos que, tan luego como se conozca, ha de ser considerado como la más útil entre las obras de su clase que existen en castellano.

«Numerosa redacción ha necesitado largos años para llevar á término feliz obra de tal magnitud. Al emprenderla, bien sabíamos las dificultades inherentes á este género de publicaciones: la necesidad de colaboradores especiales para la parte lexicológica y gramatical, la de escritores de sólidos conocimientos americanistas, la de otros de vasto saber enciclopédico, así como de cuidadosos correctores, dibujantes, cartógrafos, etc.; pero todas esas dificultades se han vencido con tenaz perseverancia. No han faltado colaboradores inteligentes, y aunque el tiempo y el capital invertido han sido mayores de lo que previmos, todo lo damos por bien empleado si la obra tiene la acogida que esperamos y si nuestros amigos de España y de América encuentran que merece aplauso el servicio que prestamos á la cultura general.»

MANUEL B. UGARTE. — SERENATA. BUENOS AIRES, IMPRENTA DE PABLO E. CONI E HIJOS, 1897. 1 folleto de 15 págs. en 8.º.

Manuel B. Ugarte, el joven poeta argentino que ha colaborado más de una vez en las columnas de la REVISTA NACIONAL y que tuvo hasta hace poco á su cargo la dirección de la *Revista Literaria* de Buenos Aires, interesante y amena publicación, nos favorece con un ejemplar del opúsculo en que acaba de dar á la publicidad la última de sus producciones poéticas.

Titúlase *Serenata*, y en su versificación como en su estilo, es fácil percibir el influjo que las actuales tendencias de la poesía americana, en el sentido del modernismo, ejercen ya sobre el espíritu poético de Ugarte. El joven poeta, que tiene probadas sus relevantes condiciones, está dotado de suficiente criterio para discernir, en la escuela de poesía hoy prevalente, lo aceptable y oportuno de lo que no es ni oportuno ni aceptable. La evolución que en su *manera* poética denuncia el canto publicado en el opúsculo de que acusamos recibo, no significará, pues, sino una ampliación de los horizontes dominados por su inspiración. — Ugarte lleva publicadas, además de *Serenata*, tres colecciones poéticas: *Poema grotesco* (en el que usó el pseudónimo de *Bachiller Carystus*), *Páginas*, y *Versos*. — La propaganda realizada, desde las páginas de la *Revista Literaria*, en pro del compañerismo intelectual de la nueva generación americana, es otro título que honra á la personalidad del joven escritor.

1897. AÑO II. ANUARIO BARREIRO. ENCICLOPEDIA AGRÍCOLA-GANADERA-INDUSTRIAL-COMERCIAL Y ESTADÍSTICA DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY. DIRECTOR: MODESTO CLUZEAU MORTET. MONTEVIDEO. A. BARREIRO Y RAMOS, EDITOR. LIBRERÍA NACIONAL. DORNALCHE Y REYES, IMPRESORES. 1 vol. en 8.º. Col.: 603 más XXXII págs.

Ha aparecido el tomo segundo de este recomendable *Anuario*, correspondiente al año 1897.

Además de los materiales de información comercial, contiene importantes datos estadísticos relativos á nuestro país, á su población, su agricultura, su comercio de importación y exportación, hacienda pública y movimiento administrativo; útiles instrucciones de economía doméstica y amenas variedades.

El plan del *Anuario* se ajusta al del popular «Almanaque» que publica en Madrid la importante casa editorial de Bailly-Bailliére.

BIBLIOTECA DEL BOLETÍN INDUSTRIAL.—LA CRÍA CABALLAR EN LA REPÚBLICA ARGENTINA, POR PEDRO DE LUSARRETA, CON UN PRÓLOGO DE DIMAS HELGUERA. BUENOS AIRES, IMPRENTA DEL BOLETÍN INDUSTRIAL, MORENO 1073.—1896 1 vol. en 8.º, rúst. Col.: 163 págs. num. y 4 s/n.

Este trabajo, publicado en el *Boletín Industrial* de Buenos Aires, ha sido editado en esta nueva forma, en atención á la utilidad que él ofrece para «los interesados en tener á mano un consejero que con precisión y claridad dé reglas fijas para obtener la completa transformación de la raza caballar y el desarrollo de su comercio».

PUBLICACIONES PERIÓDICAS

Han llegado por primera vez á nuestra mesa de Redacción las siguientes:

La Luz. San Carlos. Nuevo semanario que dirige el señor don Emilio Requeséns y que está consagrado á la defensa de los intereses de la localidad en que se publica.

La Semana Platense. La Plata. Revista Literaria y social que dirige el señor don Benito Silva, y cuyo número 12, correspondiente al 1.º de febrero, viene lleno de ameno é interesante material.

La Espuma. Este original periódico, en cuya redacción figuran inteligentes jóvenes, bien conocidos en nuestra prensa, tiene por objeto ofrecer en forma amena y chispeante la crónica social de la presente temporada balnearia.

El Pueblo. Valparaíso. El periódico de este título, defensor de la «emancipación política y económica de las clases trabajadoras», publica semanalmente un anexo literario, cuyo número correspondiente al 1.º de febrero hemos recibido. El joven literato peruano Mario Centore tiene á su cargo la dirección de este anexo, y le acompañan en su redacción escritores y poetas no menos ventajosamente conocidos.

El Cosmos. Panamá. Revista quincenal de literatura y variedades, en la que se refleja fielmente el animado movimiento intelectual que tiene por teatro á aquella ciudad colombiana.

La Voz Católica. Bucaramanga. (Colombia.) Acreditado semanario de propaganda católica, que publica, además, interesantes trabajos de literatura y variedades.

Registro Oficial. Quito. Diario consagrado á la publicación de los documentos oficiales del Gobierno del Ecuador.

La Voz del Sur. Tacna. Importante periódico que defiende los intereses peruanos en aquella ciudad, comprendida hoy en el territorio de Chile. Lo dirige el distinguido hombre de letras don Modesto Molina.

La Tribuna. Valparaíso. Este conceptual órgano de publicidad tiene por objeto la propaganda de las ideas liberales en la política chilena, y cuenta además con bien atendidas secciones de literatura é informaciones diversas.

Sewing Machine Times. Nueva York. Periódico industrial ilustrado.

Revista Crítica de Historia y Literatura Españolas, Portuguesas é Hispano-Americanas. Madrid. Esta publicación es, sin duda, una de las más serias é importantes entre las revistas literarias que ven la luz en nuestro idioma.

Está dedicada especialmente á dar cuenta de las publicaciones que salgan á luz en la Península ó fuera de ella y traten de Historia general ó literaria de España, de Portugal, y de las naciones hispano-americanas, así como también de todos los hechos científicos que digan relación á estos asuntos; incluyendo además documentos inéditos y tratando también de las obras importantes de amena literatura (novelas, poesías, dramas, etc.).

La *Revista Crítica* anuncia que dedicará en adelante especialísimo interés, mucho mayor del que en ninguna otra publicación alcanzan, á la historia y literatura regionales de la Península (Aragón, Baleares, Cataluña, Galicia, Navarra, Provincias Vascongadas y Valencia) y á las *Hispano-Americanas* que no cuentan con un órgano central de publicidad. De este modo, la *Revista Crítica*, á la vez que difundirá el conocimiento de la historia y la literatura regionales é hispano-americanas, facilitará las relaciones entre ellas, contribuyendo á sacarlas del olvido y el aislamiento en que están injustamente. Aparece esta notable publicación, mensualmente, en cuadernos de 32 páginas.

He aquí el sumario del número recibido:

Notas críticas.—A. Farinelli: Estudios sobre España, de A. Morel Fatio.—J. R. Lomba: Don Enrique de Villena, de E. Cotarelo.—E. Cotarelo: Antología de poetas líricos castellanos, de M. Menéndez y Pelayo.—Comunicaciones y noticias.—R. Menéndez y Pidal: La penitencia del rey. Don Rodrigo. Origen de la leyenda.—Noticias.—Notas bibliográficas.—Libros: 1. Historia.—2. Literatura.—Revistas.

Les Temps Nouveaux. Paris. Este órgano de propaganda anarquista se publica semanalmente, con un suplemento literario, en el que colaboran escritores conocidos, representantes de las más avanzadas tendencias de la literatura contemporánea, en el mundo parisiense.

SUELTOS

Leopoldo Alas (*Clarín*) escribe en el periódico de Barcelona *La Saeta*, las líneas que á continuación reproducimos, por lo mucho que honran á nuestra publicación, dada la reconocida autoridad del renombrado crítico:

«En América se publican muchas revistas literarias de jóvenes que imitan á los *decadentes* franceses, y esas revistas, por lo general, son de insoportable lectura.

» Pero hay una, que no es decadentista, titulada REVISTA NACIONAL DE LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES, que se publica en Montevideo, la cual es una honrosa excepción, por lo discreta, seria, original é ilustrada. Trabaja en ella un señor don José Enrique Rodó, que es un crítico de cuerpo entero, que no está vinculado con ninguna de esas pestes pegajosas que tantos y tantos escritores jóvenes americanos llevan de París á su tierra.

» El señor Rodó reconoce que el *jugo* de las letras hispano-americanas debe tomarse de la tradición española.

» Perfectamente.

» ¿Cómo no he de estar conforme con esa idea, si la vengo predicando hace años en todas partes, principalmente en *El Imparcial* y en *Las Novedades* de Nueva York?

» Críticos como el señor Rodó, pueden hacer mucho en América, por la sincera unión moral é intelectual de España y las repúblicas hispano-americanas; unión que podría preparar lazos políticos y económicos futuros, de los que, á mi ver, ya tiene sentadas las premisas la historia, y que serán la consecuencia que saque el porvenir.»

Á la persona que ha enviado á esta Redacción un trabajo literario suscrito con el pseudónimo de *Carlos Espronceda*, se le advierte que ese trabajo será publicado si envía su verdadero nombre, pues es condición del programa de la REVISTA NACIONAL la exclusión de anónimos y pseudónimos.

Reproducimos en el presente número el bien escrito artículo que ha publicado en el periódico *La Verdad* de Rivera el joven y aventajado escritor Pedro Cosío,—que ha colaborado más de una vez en nuestras columnas,—con el título de LA «REVISTA NACIONAL DE LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES».

Agradecemos la benevolencia de sus juicios á nuestro estimable colaborador.

En virtud de las circunstancias anormales por que pasa el país, hase postergado por algún tiempo la publicación de la interesante obra que preparan Eduardo Ferreira y Juan Carlos Moratorio y en la que se contendrá la completa reseña de nuestro movimiento intelectual y la biografía de sus representantes más caracterizados.